CUADERNOS historia 16

La ruta de la seda

M. A. Elvira, D. Plácido y C. García-Ormaechea



238

175 ptas

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
VICEPRESIDENTE: Carlos Bustelo.
DIRECTOR GENERAL: José Luis Samaranch.
DIRECTOR: David Solar.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
COORDINACION: Asunción Doménech.
REDACCION: Isabel Valcárcel, José María Solé Mariño y Ana Bustelo.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie-Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.°. 28037 Madrid. Teléfonos 407 27 00 - 407 41 00.
Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 268 04 03 - 02.
PUBLICIDAD MADRID: Susana Vázquez.
IMPRIME: MELSA.
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avenida Valdeparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).
Depósito legal: M. 41.536. — 1985.



Con el patrocinio cultural de la Junta de Andalucía



El emperador chino Qin Shi Huang (259-210 a. C.), de la dinastía Qin, unificador de todos los reinos chinos

Indice

EN en al año 329 a. C., el ejército griego de Alejandro, rey de Macedonia, alcanzó las estribaciones meridionales del Hindukush, la imponente formación montañosa de Asia Central. Durante cinco años, los helenos recorrieron como conquistadores las tierras que se extendían a ambos lados de la cordillera. Cuando abandonaron la región, rumbo a Occidente, en Asia Central y la India del noroeste se había iniciado un proceso de helenización que duraría siglos, y que amalgamaría la civilización griega con las diferentes culturas locales.
Dos siglos después de Alejandro, los chinos alcanzaban las mismas regiones y abrían una vía de intercambios culturales y comerciales que, con el nombre de Ruta de la Seda, *pondría en comunicación las orillas del Mediterráneo y las del mar Amarillo a través de los oasis del Tarim, las tierras altas del Asia Central y la meseta irania. En el presente Cuaderno se ofrece una panorámica, desde distintas ópticas históricas, de lo que la* Ruta de la Seda *representó para el Mundo Antiguo. Miguel Angel Elvira escribe sobre los conocimientos que los griegos tenían de la geografía asiática antes de la definitiva apertura de la ruta. Domingo Plácido se ocupa de las vías helenísticas en Asia Central y la India. Y Ana Ramos y Carmen García-Ormaechea de la contribución china a la Ruta.*

La India, país de las maravillas

Miguel Angel Elvira
Universidad Complutense de Madrid

DESDE su prisión en una cumbre de los Cárpatos, Prometeo predice a Io, la desventurada amante de Zeus, lo que será su inmenso peregrinar. Tras alcanzar la ribera del mar Negro, habrá de atravesar las tierras de los escitas, remontando algún enorme río hasta sus fuentes para poderlo vadear. Más allá, las amazonas le enseñarán el camino: atravesará el Istmo Cimérico (el de Crimea) y el estrecho del lago Meótide (el de Kerch), y así alcanzará Asia:

Dirígete (entonces) *hacia la llameante salida del sol. Atraviesa el estruendo del mar* (el Caspio, sin duda) *hasta que hayas llegado a la llanura de las Gorgonas, a Cístene, donde habitan las Fórcides, tres viejas doncellas con figura de un cisne que tienen un ojo y un diente para las tres. Ni el sol con sus rayos las mira jamás, ni de noche la luna. Cerca de ellas hay tres hermanas aladas, con cabellera de serpientes. Son las Gorgonas, odiadas por los mortales, pues no hay mortal que, si las mira, conserve el aliento. Tal es la advertencia que te hago.*

Escucha otro terrible espectáculo: guárdate de los grifos, perros de Zeus no ladradores y de afilado hocico, y del ejército de los arimaspos, que tienen un solo ojo y van a caballo, y que habitan junto al curso del río Plutón de aurífera corriente. No te acerques a ellos.

Llegarás a una tierra lejana, a una raza negra que habita junto a las fuentes del sol, donde se encuentra el río Etíope. Sigue pegada a su ribera hasta que llegues a donde empieza la catarata, allí donde el Nilo, desde los montes de Biblo, impulsa su saludable, sacra corriente. El te guiará hasta la tierra triangular llamada Nilotis (el delta del río), *donde está decretada para tí, Io, y para tus hijos, la fundación de una nueva colonia* (Menfis) (Trad. de B. Perea Morales).

Hemos reproducido todo este pasaje del *Prometeo Encadenado* de Esquilo (v. 70 ss.) porque constituye quizá la visión más completa de lo que era el Oriente asiático para la mentalidad mitológica de la Grecia primitiva. Acaso tenga toques propios del siglo V a. C. en que vivía su autor, pero, en lo sustancial, mantiene una concepción geográfica que se remonta por lo menos a Homero y Hesíodo. Es el mundo épico y de los primeros líricos, que sólo conoce con certeza las regiones griegas y las costas del Mediterráneo oriental. En torno a este núcleo, todo se puebla de seres extraños hasta llegar a los límites exteriores, es decir, a la rápida corriente del río Océano, destinada a trasladar cada noche la barca del sol desde el extremo Occidente hasta la región de la aurora (Mimnermo, frag. 10).

Las zonas intermedias, las más cercanas a



Arriba, izquierda, *amazonas (relieve etrusco del siglo VI a. C. Museo Británico, Londres)*. Derecha: *Perseo mata a la gorgona Medusa (vaso ateniense de figuras negras, siglo VI a. C. Museo Británico, Londres)*. Abajo: *Extraños seres aparecen en las rutas seguidas por Alejandro hacia la India (miniatura de un manuscrito del siglo XV. Museo del Petit Palais, París)*

Grecia, las menos desconocidas, contienen seres menos monstruosos y de localización relativamente fija: es el caso de los pigmeos, colocados en Africa, de las amazonas, situadas unas veces al norte del mar Negro y otras en Anatolia, o de la caterva de magas y cíclopes occidentales que pueblan la *Odisea*. Pero más allá todo se hace más distorsionado y difuso. Así, el vellocino de oro se guarda a veces en la Cólquide, junto al Cáucaso, mientras que otros autores, como Homero, lo sitúan en un lugar indeterminado en las riberas del Océano; las Gorgonas pueden habitar en el fondo de Asia, como nos dice Esquilo, o en los últimos límites de Occidente; y a veces la indecisión puede traer profundas consecuencias: según el capricho de los autores, los etíopes viven en el extremo meridional de la tierra, al sur de los egipcios, o bien, como dice la *Odisea* (I, 22-24), en los extremos occidental y oriental de la misma, pues al hallarse allí donde el sol cae o por donde remonta su curso, éste los ennegrece con la fuerza de sus rayos.

De ahí múltiples confusiones a veces mal resueltas: el rey etíope Memnón, hijo de la Aurora, ¿viene a Troya desde Oriente, como indicaría su filiación, o desde el sur? ¿Qué hacer con el Nilo, en cuyas riberas, según parece, viven los etíopes? La solución de convertirlo en un enorme curso que, desde el extremo Oriente, se dirige hacia el norte de Africa será particularmente sugestiva para los griegos. Si creemos a Arriano (VI, 1, 2-3), incluso Alejandro, al llegar al Indo, se planteó la posibilidad de seguir su curso para llegar al Nilo; fue sin duda sólo una idea momentánea, recuerdo de atávicas tradiciones, pero suficiente para mostrar cómo afloraba la educación infantil, basada en Homero y los poetas, en la mente de cualquier heleno culto.

Alejandro y Aristóteles

Porque, efectivamente, Alejandro no podía llamarse a engaño. En su época ya nadie, en un ambiente medianamente educado, dudaba de la existencia del océano Indico (*mar Erythreo,* como se le solía llamar entonces), lo cual desbarataba tan aberrante planteamiento, por mucho que el Nilo y el Indo tuviesen ciertas concomitancias ecológicas (presencia de cocodrilos y de ciertas habas que chocaron al macedonio, por ejemplo). Además, parece más que probable que Alejandro hubiese buscado asesoramiento geográfico previo.

En su corte, y antes de ponerse en marcha para su arriesgada empresa, sin duda dirigió sus consultas a quien mejor podía responderle: su maestro Aristóteles. Este, que por entonces estaba preparando sus *Meteorológicas,* y por tanto se hallaba enfrascado en el mundo de la astronomía, pudo darle información de cuanto en Grecia se sabía al respecto. Al fin y al cabo, en su inmensa obra científica cita prácticamente a todos los geógrafos griegos anteriores a él, y podemos por tanto suponer, o por lo menos intuir, la respuesta que pudo dar al monarca.

Desde luego, como buen filósofo, desdeñaría las interpretaciones mitológicas de los poetas. El único punto de partida válido, digno de discusión, se hallaría en el primer mapa del mundo dibujado en ambiente griego: el de Anaximandro, de principios del siglo VI a. C. Todo lo anterior (Homero, Hesíodo, los líricos...) podía darse por definitivamente superado.

¿O no todo? Quedaba, y sigue quedando para nosotros, una sola duda. La de un hombre que, allá a fines del siglo VII a. C., dijo haber viajado hacia el norte del mar Negro, alcanzando zonas de lo que nosotros llamaríamos el Asia Central. Se llamaba Aristeas de Proconeso, era un iluminado seguidor de Apolo, y su intento —fallido— era llegar a la región de los hiperbóreos, los últimos habitantes de la tierra, junto al Océano, allá en el norte. A su vuelta escribió un poema, las *Arimaspeas,* que cantaba sus andanzas. Por desgracia, el tal poema ya debía de haberse perdido en la época de Aristóteles, quedando sólo citas aisladas de él, en particular en el libro IV de Heródoto. Por él sabemos que llegó al pueblo de los isedones, en las estribaciones del sur de los Urales (aunque la descripción es tan vaga que hay quien los sitúa al norte del lago Balkhash), y que, según éstos le contaron, más allá vivían los arimaspos, hombres de un solo ojo y eternos enemigos de los grifos (leyenda que, como vimos antes, recoge Esquilo), y más lejos aún, los ansiados hiperbóreos.

Por curioso que le pudiese parecer a Aristóteles —y a nosotros—, no se sabe que alguien después de él se internase por la región del norte del mar Caspio. Tanto es así que aún el propio Aristóteles expresaba su creencia de que el Iaxartes (Syr Daria) y el Tanais (Don) fuesen el mismo río (*Meteorológicas,* 13, 11-22). La vía hacia el Extremo Oriente por estas zonas septentrionales ni siquiera se planteó en Grecia o, si alguien hizo algún intento, se perdió su recuerdo. Para medir la pérdida que supuso tal falta de iniciativa, nos bastará citar la aventurada hipótesis de J. D. P. Bolton, que ve en los hiperbóreos una visión idealizada y legendaria del Imperio chino.

Pero Alejandro no pensaba adentrarse por tales tierras, sino por la parte meridional de Asia (la verdadera Asia, según los geógrafos clásicos, pues las regiones septentrionales eran consideradas una prolongación de Europa), y sobre esa zona Aristóteles tenía más bibliografía.

Un mundo plano y circular

Podía comenzarse, definitivamente, por el mapamundi de Anaximandro. Hacia el 560 a. C., cuando este verdadero jalón científico fue concebido, la colonización griega había logrado trazar con cierta seguridad todas las costas del Mediterráneo (hasta las columnas de Heracles) y las del mar Negro. Comerciantes, mercenarios y via-





Representación del esciápodo, pretendido habitante de la India, cuya invención se atribuye a Scylax (grabado del siglo XVI*)*

jeros traían además a Jonia noticias del mar Rojo (*Golfo Arábigo* se le llamará durante siglos), del sur del mar Caspio o *Hircanio* y, sobre todo, de Mesopotamia. A este respecto cabe recordar, como inciso, que el mapa del mundo más antiguo que nos ha llegado procede de Babilonia, y es una obra aproximadamente del 600 a. C. (copia acaso de otra anterior) que presenta el mundo reducido a Mesopotamia, rodeada por el océano circular. Estas noticias geográficas, estas ideas teóricas fructifican y hacen concebir el mundo como un gran círculo plano bordeado por el Océano, y en su centro Grecia, con el *ombligo del mundo* que es Delfos. Así debió de ser la superficie de la tierra dibujada por Anaximandro, para quien nuestro planeta era como *un tambor de una columna* (Hipólito, *Ref.* I,6,3), con un diámetro tres veces superior a su anchura.

La idea de un mundo plano y circular, acorde con la tradición y con actitudes espontáneas más o menos inconscientes, se convertiría en un verdadero dogma de la escuela jónica hasta su desaparición a fines del siglo V a. C., y todavía Aristóteles nos habla de la aceptación de que gozaba entre mucha gente de su época.

Sin embargo, a poco de plasmarse dicha concepción circular, ya se empezaron a percibir sus problemas. Parecía difícil, casi imposible, que se ensanchasen los conocimientos de tierras nuevas hacia Occidente (más allá de las columnas de Heracles sólo se abría un inmenso mar, que siempre fue identificado como el Océano), y lo mismo ocurría hacia el norte (a causa del frío, que los griegos consideraban insoportable más allá del Danubio) y hacia el sur (a causa, obviamente, del calor de los desiertos del Sahara y de Arabia). Pero, justo a mediados del siglo VI, en el 548 a. C. para ser exactos, Ciro, fundador del Imperio Persa, derrota al reino de Lidia y entra en contacto con los griegos de Asia Menor. Lo que era un territorio desconocido poblado de tribus y reinos inconexos, pasa a ser ahora un enorme vecino organizado. Y este nuevo Imperio, forzosamente, si quiere subsistir, ha de levantar mapas, siquiera esquemáticos, y desarrollar estudios económicos y administrativos sobre su territorio. Tarde o temprano, parte de este cúmulo de datos geográficos llega a ser conocido por los asombrados jonios; y éstos se encuentran con que, de un golpe, Asia multiplica por dos —por lo menos— su superficie conocida, ampliándose miles de estadios hacia el este.

Nunca se ha valorado bastante la importancia que tuvo la organización del Imperio Persa en la evolución de la geografía y de los contactos entre Oriente y Occidente. Y ello se debe a la actitud cerradamente nacionalista del pueblo griego, el único del que nos quedan suficientes textos. Sólo algún autor aislado, como Heródoto, tuvo la lucidez necesaria para valorar la trascendencia de las expediciones egipcias, fenicias, norteafricanas y persas, tanto por Africa como por Europa occidental y Asia.

El viajero Scylax

Si Aristóteles se interesó por indagar la función de los griegos en la investigación de Oriente, la que obligó con el tiempo a renunciar al modelo circular del mundo, por mucho que investigase acabaría por rendirse a la evidencia: sólo se sabía de un griego que hubiese traído noticias de la India por haber estado allí: Scylax de Caryanda. Alejandro podía estar satisfecho: salvo este hombre, y la leyenda poco creíble de una estancia del filósofo Demócrito en las riberas del Indo, no se sabía de ningún heleno que hubiese puesto sus pies más allá de Susa y Persépolis, y hubiese vuelto para contarlo.

Y precisamente el comerciante cario Scylax había sido miembro de una expedición persa, enviada por Darío I para reconocer las orillas del Indo antes de proceder a su conquista. Partidos

de la ciudad (o región) de Caspápyro (quizá Peshawar, al norte del Punjab), él y sus compañeros recorrieron el curso del Indo, llegaron al mar (el *Erythreo,* como hemos dicho que se llamaba al Índico) y, navegando hacia Occidente junto a la costa, cruzaron el estrecho de Ormuz sin internarse en el golfo Pérsico, arribando, al cabo de treinta meses, a las costas de Egipto próximas al Sinaí (Heródoto, IV, xliv). Cuando volviese a su tierra, Scylax posiblemente sería el primer griego que hablase a sus conciudadanos del río Indo y de la India.

Al parecer, Scylax escribió un libro con los recuerdos de viaje, y es probable que comentase con su vecino, el logógrafo Hecateo de Mileto, diversos aspectos de su inmensa aventura. Sin embargo, por la razón que fuese, su obra no tuvo excesivo éxito, y son tan escasas las noticias que nos han llegado de ella que nos resulta difícil incluso configurar su espíritu. Debió de citar distintas ciudades (Caspápyro, Argante) y pueblos variados (los gandaras, los calatías, los opías), cuyos nombres conocemos por Hecateo. Se entretuvo, según se deduce de unas frases reproducidas por Ateneo (*Deipnos.,* II, 70), en describir paisajes y flora: *Después la región es regada por fuentes y canales, y en las montañas crecen alcachofas y otras plantas herbáceas... Desde este punto unas altas montañas se extienden a ambos lados del río Indo, cubierto de selva virgen...* Incluso hizo observaciones de tipo social, como la que testimonia la elevadísima consideración de los reyes en la India, recogida precisamente por Aristóteles (*Política,* 7, 13). Pero ¿hasta qué punto no citaban ya Aristóteles y Ateneo a Scylax a través de otros autores, como el propio Hecateo? Heródoto, en pleno siglo V a. C., parece conocer sólo de oídas, y en sus líneas generales, el periplo, pues no lo utiliza al hablar de regiones para las que sus datos serían preciosos.

En tales circunstancias, nos deja perplejos el que ciertos autores muy tardíos, como Filóstrato y Tzetzes, recuerden a nuestro viajero como inventor de legendarios pueblos habitantes de la India: los *esciápodos,* que se protegen del sol tumbándose y usando sus grandes pies como sombrilla; los *otolicnos,* que se tapan la cabeza con sus enormes orejas, y otros monstruos de extraña anatomía, algunos de ellos descritos aún por los geógrafos medievales. ¿Leyendas que Scylax oyó y aceptó sin crítica? ¿Atribuciones fantasiosas a un autor cuya obra auténtica se había perdido siglos antes? Como veremos después, estas descripciones parecen propias de mentalidades más tardías.

Poco después de realizarse el periplo, Hecateo, hacia el 500 a. C., utilizó, como hemos dicho, sus descripciones a la hora de componer su mapa o descripción del mundo. Como buen jonio, es probable que hiciese todo lo posible por comprimir Asia y mantener la forma de la tierra circular, rodeada por el Océano. Pero lo cierto es que nada sabemos en concreto sobre su obra, y las reconstrucciones de su mapa que se reproducen en nuestros libros abundan en detalles indemostrables, como el de un mar Caspio abierto al Océano por Oriente.

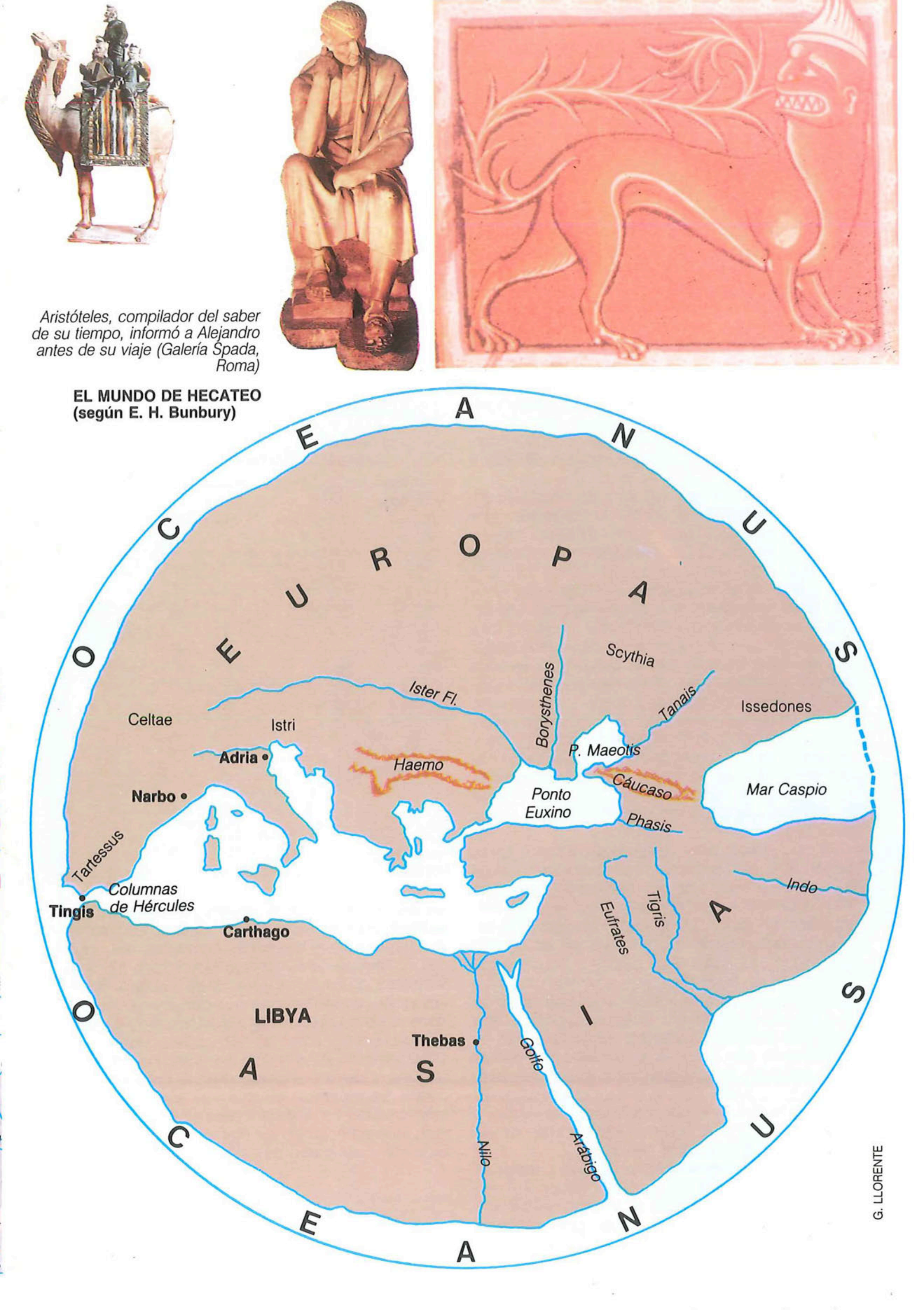
Aunque quizá, desde su enfoque, Aristóteles no llegase a verlo claramente, en el campo geográfico concluía con Scylax y Hecateo todo un ciclo de la cultura griega: el del arcaísmo, con sus colonizaciones, con sus expediciones a países ignorados y lejanos, y con sus idearios cósmicos procedentes de Mesopotamia y Egipto, aunque racionalizados. Después de ellos, se va a abrir el mundo clásico, más centrado en la propia Grecia, más ágil y abierto en lo teórico, más crítico e incluso *científico,* y, a la vez, infinitamente receptivo ante las noticias llegadas de lejos, con tal de que las exponga un autor de prestigio y de que no resulten inverosímiles para la mentalidad del momento, bastante crédula en general.

La India fantástica

Por lo que al lejano Oriente se refiere, es este último aspecto el que domina en exclusiva. Ningún griego viaja hasta la India, pero las noticias relativas a esta remota región son recibidas con avidez en la Hélade, y aceptadas sin mucha discusión por fantásticas que a nosotros nos parezcan hoy. Descartada definitivamente la idea de la tierra circular, la India se aleja desmesuradamente de Grecia en los mapas, y ello acrecienta en todos el interés por su magia y la confusa sensación de que se trata de un *país de las maravillas.* No en vano, como decía Heródoto, *a los puntos extremos de la tierra habitada les han cabido en suerte las cosas más bellas y preciosas* (III,cvi).

Incluso Aristóteles se dejó llevar por tal corriente de fantasías, aceptando en sus libros de historia natural animales cuyas extrañas descripciones leyó asombrado. Por curioso que pueda parecer, el correcto Scylax fue olvidado hasta el punto de no contar con su libro Alejandro ni su almirante Nearco, que casi repitieron su periplo sin saberlo y, en cambio, eran dos textos realizados de oídas y de segunda mano los que se ganaban el favor de los lectores del siglo IV a. C. en Grecia: las páginas que dedicó a la India Heródoto en el libro III de sus *Historias,* y ese centón de datos que fueron las *Indicas* de Ctesias de Cnido.

Heródoto, como es sabido, viajó a mediados del siglo V a. C. hasta Babilonia, y quizá hasta Susa, y allí recibió, ignoramos por qué conducto, noticias de todas las provincias del Imperio Persa, incluidas las más orientales. De muchas de ellas dice algo, pero desde luego se entusiasma al difundir cuanto ha oído de la más remota: la India. La idea de riqueza es lo que más sobresale en su descripción. Y ello no es de extrañar, pues tras un largo viaje atravesando los desiertos y montes pedregosos de Persia y Afganistán, la aparición del valle del Indo debía de resultar paradisíaca, y su fertilidad sólo comparable con el valle del Nilo. En la India vive, nos dice Heródo-



Aristóteles, compilador del saber de su tiempo, informó a Alejandro antes de su viaje (Galería Spada, Roma)

EL MUNDO DE HECATEO (según E. H. Bunbury)

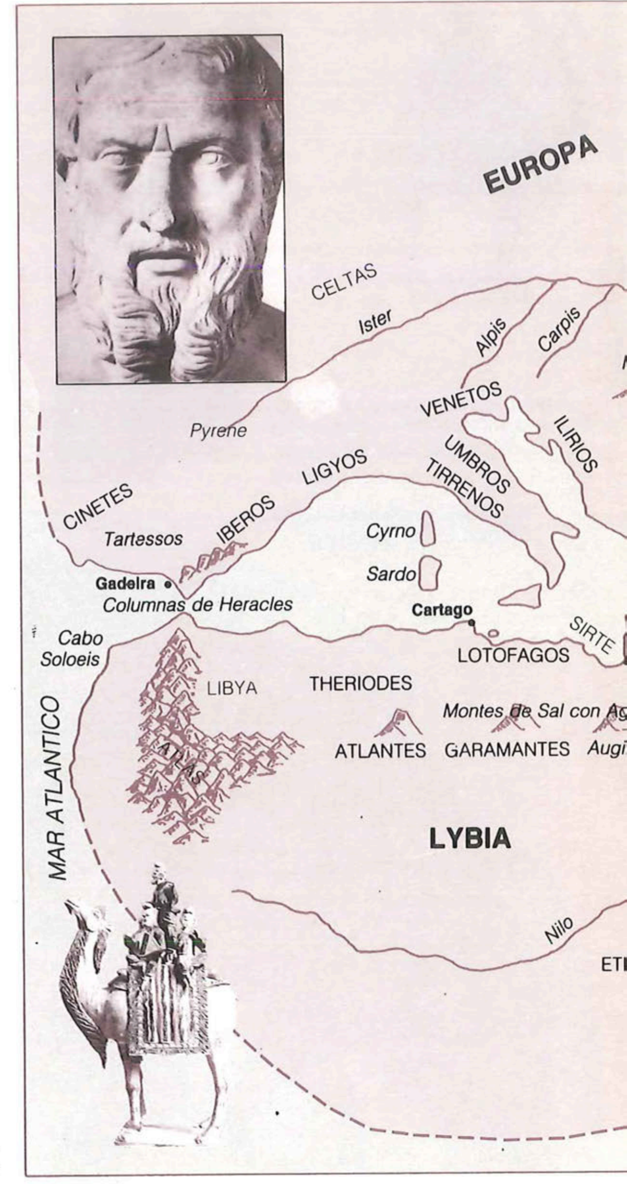
to, la nación más numerosa de las conocidas, capaz de entregar el tributo en oro más grande de todo el Imperio. En sus ríos pantanosos crecen enormes cañas, tan grandes que cada una de ellas sirve de barca. Allí crecen animales de gran tamaño y plantas curiosas, como el árbol de la lana. Existen pueblos extraños, como el de los *indios padeos,* que devoran crudas las reses y matan a sus familiares más ancianos para comérselos, u otros indios que no siembran plantas ni matan animales, sino que se alimentan de hierbas.

Pero lo más digno de mención es el sistema de recoger el oro en polvo. Para ello van los indios de Caspápiro (la misma ciudad de la que partió Scylax), con sus camellos, al desierto que limita la India por el oriente, es decir, al que llamamos Desierto de Thar, que separa hoy el Pakistán de la India. Allí concluye el mundo habitado: *es una región desierta de la que nadie sabe dar seguros indicios* (IV, XI), y es donde aprovechan estos hombres el calor para coger el oro y huir al galope de sus camellos, perseguidos por unas hormigas gigantes de terrible rapidez (III, XCIV y XCVIII-CVI).

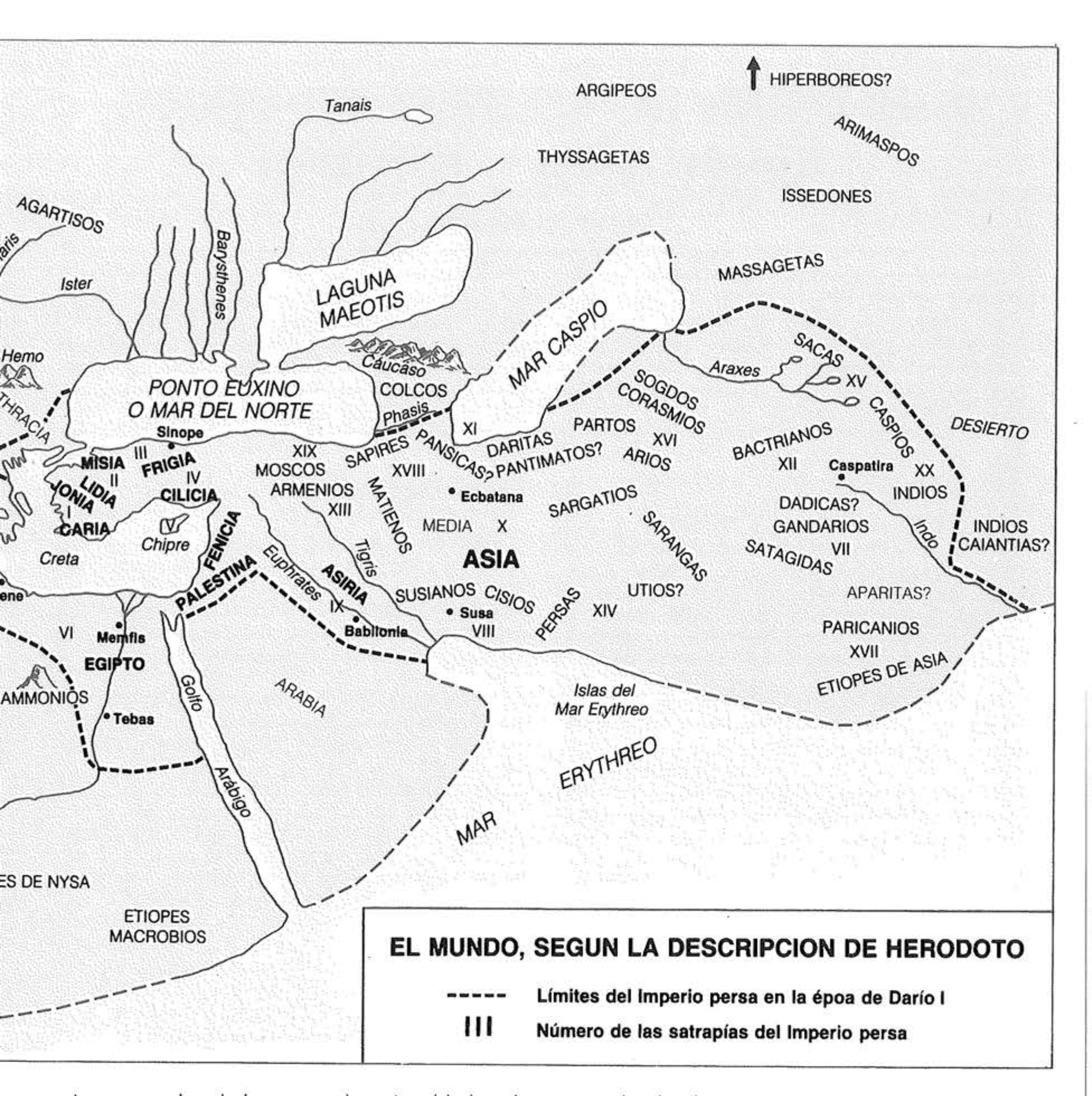
Como puede verse, todo tipo de noticias se entremezcla en una inextricable yuxtaposición. Hay descripciones que no parecen referirse propiamente a la India, sino al Asia Central, como la de la antropofagia con carne de ancianos, y a su lado aparecen ciertas costumbres (por ejemplo, la de no matar animales) de carácter más bien hindú. Las noticias acaso auténticas del tributo en oro, que Heródoto pudo conocer en ambientes oficiales de Susa, alternan con la curiosísima leyenda del oro y las hormigas, recordada por otros viajeros antiguos y medievales, y que tiene, al parecer, un origen propiamente indio. E. H. Bunbury explica su punto de partida en una etimología local y añade la pasmosa noticia de que, todavía en el siglo XVI, el sha de Persia le regaló una de estas hormigas a Solimán el Magnífico, de tal forma que dicha hormiga pudo ser contemplada en Constantinopla.

Unos cuarenta años después de darse a conocer la obra de Heródoto, a principios del siglo IV a. C., Ctesias de Cnido, que había sido durante no menos de diecisiete años médico en la corte persa, utilizó los datos que allí pudo recoger para escribir ciertos tratados sobre Persia (en los que no falta algún dato sobre Asia Central y sus pueblos) y, sobre todo, para redactar el que sería el único libro dedicado exclusivamente a la India antes de la campaña de Alejandro. Aristóteles no conocería obra más reciente al respecto, y sin duda se la recomendaría aún a su regio pupilo, casi setenta años después de su publicación. Al fin y al cabo, si Ctesias no había ido a la India, había estado relativamente cerca de ella, en Susa y Persépolis, y sus datos, desde el lejano punto de vista de un griego, parecían bastante fiables.

Pero si realmente Alejandro se llevó consigo el volumen de Ctesias, nos gustaría haber visto su cara de asombro al llegar a la India verdadera. Acaso Ctesias no caiga en olvidos groseros como los de Heródoto, que ni siquiera mencionó los elefantes ni las piedras preciosas, pero su enorme facundia (incluso a través del simple resumen que nos ha llegado de su obra en el apartado 72 de la *Biblioteca* de Focio) es un verdadero culto a la fantasía más desbordada: se suceden animales fabulosos, o sencillamente mal descritos y erróneamente interpretados, como el rinoceronte convertido en asno unicornio (*), o el tigre en *martichora* de cara humana y dardos arrojadizos en la cola, o el cocodrilo transformado en gran gusano fluvial; y lo mismo ocurre con toda una serie de homínidos que más bien parecen simios mal interpretados: hombres con cara y rabo de perro, un pueblo de gen-



(*) Ver HISTORIA 16, número 140, *El mito del unicornio,* por el mismo autor.



tes con ocho dedos en cada extremidad, pelo blanco que se ennegrece con el tiempo y grandes orejas (recuérdese la descripción atribuida a Scylax de seres de este tipo), etcétera... Los monstruos y las rarezas naturales se suceden, tanto en los minerales como en las plantas y los seres animados, y todo ello dominado por una idea general de abundancia, de riqueza, que coincide con la visión de Heródoto en muchos aspectos, aunque Ctesias diga fiarse poco de él. Los hombres viven más de 120 años, y son todos, incluso los de las razas más raras y animalescas, buenos y justos, bien regidos por su monarca. En cuanto al oro, en este caso son los grifos quienes lo protegen, como en las *Arimaspeas*.

Por mucho que Ctesias, de vez en cuando, introduzca su testimonio directo (él ha comido el queso y el vino de la India, él ha tenido entre sus manos la taba de un asno unicornio), todo cuanto relata da la impresión de contener un fondo de verdad, pero totalmente desfigurado. Ahora bien, ¿qué criterio podía seguir un griego del siglo IV a. C. ante tal sucesión de maravillas? ¿Cómo darse cuenta de que, de vez en cuando, las descripciones al parecer más disparatadas podían reflejar algo cierto, como cuando habla del loro, animal *dotado de palabra y de voz humana,* que *habla en indio como un hombre, y en griego si se le enseña?*

Era necesario, evidentemente, ir a ver la India de verdad. Mientras tanto, todo un mundo misterioso y fantástico había sido creado, y sería en parte legado al Medievo. No nos aflijamos por ello: a Alejandro y a sus sucesores científicos les quedaba la labor de empezar a comprender la India real, pero la imaginación humana había salido enriquecida con la espera.

Las rutas de Oriente en época helenística y romana

Domingo Plácido
Universidad Complutense de Madrid

TRADICIONALMENTE, la historia del mundo antiguo se circunscribe a la región mediterránea, donde se desarrollaron las civilizaciones griega y romana y la cultura clásica, y a las relaciones que sus habitantes mantuvieron con sus vecinos, considerados de manera habitual como simples pueblos limítrofes. Sus contactos con las ciudades griegas y el Estado romano constituyen el núcleo de los problemas que forman el complejo entramado social objeto de los estudios de Historia Antigua. Sin embargo, en el oriente, en los límites alcanzados por las campañas de Alejandro y de los reyes helenísticos, más allá de las fronteras del Imperio romano, florecían en los mismos tiempos civilizaciones con personalidad propia, cuya entidad no puede reducirse al papel desempeñado en el conjunto orgánico definido por el predominio de Grecia o de Roma. Su historia transcurre, de modo general, por otros caminos. No existe una dependencia digna de consideración que pueda servir para explicar los diferentes procesos históricos a través de las relaciones entre ellos. Con todo, tales relaciones existieron, aunque, desde luego, variaron a lo largo del tiempo, y su intensidad y sus características dependían de vicisitudes entre las que no pueden dejar de tenerse en cuenta las transformaciones de cada uno de los mundos en contacto.

La expedición de Alejandro Magno

Puede discutirse sobre las intenciones de Alejandro al emprender la campaña de Asia, sobre las condiciones históricas generales que pudieron desembocar en ella, sobre las pretensiones que impulsaron a algunos sectores de los griegos a apoyar sus planes, y sobre hasta qué punto respondió a sus propias aspiraciones o a las expectativas de los griegos. Es evidente, en cambio, que la situación resultante, a pesar de la teórica unificación, revistió por lo menos tanta complejidad como la precedente, y uno de los motivos fue, desde luego, el hecho de que se incluyera bajo el control de los grecomacedonios un territorio mucho más amplio que el anterior y que contenía una rica variedad de realidades culturales y políticas, económicas y sociales. En los límites mismos del territorio se encontraba lo que en esta época se conocía como la India, la satrapía persa del valle del Indo que, en realidad, ya había dejado de estar bajo control persa. Sin embargo, el nombre tendió a extenderse, por obra de los mismos griegos, desde las tierras de Aracosia, donde Alejandro encontró a las primeras comunidades consideradas de raza india —y en 329 fundó Alejandría de Aracosia, en Kandahar—, hasta el reino de Aśoka, cuya capital estaba en Pataliputra, Patna, en la cuenca del Ganges.

La campaña de la India

Así pues, Alejandro había derrotado ya en Aracosia a los llamados *indios de las montañas* y, por el camino de Paropamísada (Kabulistán) se había remontado hasta el Hindu-Kush, donde por confusión dio el nombre de Alejandría del Cáucaso a la ciudad allí fundada, cuando se dirigió hacia el norte en las campañas de Bactriana y Sogdiana. Después de esto, regresó hasta Kabul y recibió la embajada de los habitantes de Nisa, que se decían griegos descendientes de Dioniso, fundador de la ciudad. Según se cuenta, Alejandro sintió el deseo de superar los límites a los que había llegado el propio dios. Hefestión condujo las tropas hasta Pushkalavati y, de allí, ya en compañía de Alejandro, continuaron ambos hasta Taxila, después de franquear el Indo. En esta localidad se sitúa la legendaria conversación entre Alejandro y Dándamis sobre el poder, la virtud y la felicidad, género que se hizo paradigmático y que sirvió de modelo a diálogos similares que enfrentaban al gobernante y al sabio. Taxila fue el punto de partida para la guerra contra el rey Poros, en el Punjab, y la fundación de Alejandría Bucéfala, en honor de su caballo.

La alianza de Poros lo llevó a intentar poner en práctica su plan de llegar al océano por el este, con el apoyo que le ofrecía el hecho de que un exiliado del reino Nanda, en el territorio de Magadha, el Maurya Candragupta, había venido a pedir ayuda y a ofrecer colaboración. Las dificultades crearon problemas entre los propios soldados y el plan quedó sin realizar. Alejandro marcha luego por el Indo hasta el delta, donde se apodera de Patala (Hyderabad) y crea una nueva satrapía bajo el gobierno de Pitón. Este sería el último sátrapa que abandonó la India, en el año 316 a. C.

Desde la muerte de Alejandro, en el año 323 a. C., el rey Maurya Candragupta, que por fin había acabado con el reino de los Nanda, inaugura el Imperio y pone fin a la herencia territorial de Alejandro, aunque, al parecer, la anterior


MASSAGETAS
Río
Iaxartes
SACES
329
Alejandría Escata
(Kokand)
Maracanda
Zariaspa
SOGDIANA
Río
Oxus
Alejandría Oxiana
Alejandría Margiana
(Merv)
(Amu Darya)
Bactra
Drapsaca
PAMIR
330
327
BACTRIANA
PARTIA
Río
Margos
HINDUKUSH
329
Alejandría
del Cáucaso
327
Aornos
REINO DE
ABHISARA
HIMALAYA
Alejandría
(Herat)
Nisa
Cabura
Río
Arios
Taxila
ARIA
PAROPAMISADA
GANDHARA
PUNJAB
Alejandría
(Ghazni)
Bucefalia?
Nicea?
DRANGIANA
Alejandría
(Qandahar)
Indo
Río
REINO DE PORO
Sangala
ARACOSIA
330
325
Paso de Bolan
DESIERTO DE THAR
Alejandría
Alejandría
325
Indraprastha
GEDROSIA
Mathura
325
Alejandría
Patala
Kokala
325
Puerto de
Alejandro
(Karachi)
MAR
ARABIGO
LA RUTA DE ALEJANDRO
EN LA INDIA
Itinerario
de Alejandro
Itinerario de Cratero
Itinerario de Nearco
Ciudades fundadas
por Alejandro
Imperio de
Alejandro

presencia grecomacedónica no dejó de tener influencias sobre las nuevas formas de organización estatal. Los contactos, de uno u otro signo, no desaparecieron de forma inmediata.

El reino seléucida

Los acontecimientos que caracterizaron la época de los sucesores de Alejandro y la formación de los reinos helenísticos llevaron a que el sátrapa de Babilonia, Seleuco, se convirtiera en el fundador de la dinastía seléucida, gobernante del reino de Siria, y a que, en el momento en que parecía posible la paz en las zonas occidentales de su territorio, naciera en él la pretensión de reconquistar la India. Pero, ante el Imperio de Candragupta, se vio obligado a renunciar no sólo al Punjab, sino también a Gandara, por lo menos a la parte oriental de Aracosia y seguramente también a Gedrosia.

El Imperio maurya se dirigía hacia los momentos de su mayor apogeo. Sin embargo, los elefantes recibidos por el rey Seleuco, que utilizó en la batalla de Ipso, así como la boda de Candragupta con una princesa seléucida, son los síntomas de que se abre un período de relaciones pacíficas, plasmadas en el establecimiento de contactos comerciales que, desde Pataliputra, se dirigen a Taxila, Alejandría del Cáucaso, Bactría, Persia y Grecia, y que hicieron de Delos el centro helenístico del comercio con el Oriente, de donde se recibía marfil, ébano y especias.

Megástenes

En la misma época seléucida, fue enviado Megástenes a la corte del Sátrapa de Aracosia, donde escribiría un libro sobre la India, fuente prácticamente de todo cuanto sabían sobre ella los griegos y los romanos antiguos, aunque para nosotros se haya perdido. Sin embargo, gracias a la profusa utilización que hicieron de su obra los autores posteriores, se conservan muchos fragmentos que pueden considerarse en buena medida como indudablemente procedentes de su mano. Aunque no vio todo el territorio, se dice que recorrió mucho más que los acompañantes de Alejandro y que se reunió con el rey Candragupta.

Algunos autores posteriores, como Estrabón, aunque lo utilizan, realizan al mismo tiempo una dura crítica sobre su credibilidad. Sin duda, debía de tratarse de uno de esos temas que, por la dificultad de constatación, daba lugar a toda clase de fantasías y exageraciones, aparte de que llegó a ser habitual que se atribuyera a los brahmanes una especie de filosofía naturalista de inspiración cínica, que servía para oponerse a las formas de pensamiento consideradas oficiales y vinculadas a la civilización, en su sentido peyorativo de apego a las cosas terrenas y a la vida política, de acuerdo con la tradición del diálogo entre Alejandro y Dándamis. Arriano lo juzga, en cambio, como autor digno de crédito. Tales juicios no están al margen de las polémicas ideológicas de la época clásica, donde se mezclan el estoicismo y las tradiciones historiográficas.

Son muy frecuentes en él las descripciones de las costumbres cotidianas de los indios que, en algunos casos, se han interpretado como anécdotas pintorescas más o menos inventadas o adaptadas al gusto de la época helenística. Por otro lado, también se encuentra una descripción de la sociedad india como dividida en siete grupos cerrados según los oficios, lo que da la impresión de que ha hecho una lectura personal de una realidad no totalmente comprendida. En su interpretación, las castas estarían formadas por los sofistas, los agricultores, los pastores, los artesanos y comerciantes, los guerreros, los inspectores y los consejeros del rey. Es digna de tenerse en cuenta la posición extrema de los sofistas y consejeros, ambos minoritarios y dedicados a funciones intelectuales.

Con todas las limitaciones que puede producir el etnocentrismo de un viajero antiguo, no deben dejar de tenerse en cuenta las afirmaciones de Megástenes sobre el nomadismo, la carencia de esclavos, de ciudades y de templos, sobre sus formas de alimentación y sobre sus pescadores de perlas, objeto de comercio de lujo para griegos y romanos, según Arriano. Ha llamado especialmente la atención la descripción de la ciudad de Pataliputra, confirmada por los datos de la arqueología.

Aśoka

El tercer rey de la dinastía maurya es el que se conoce habitualmente con el nombre de Aśoka, considerado especialmente imbuido de las tradiciones griegas, que dejó una serie de inscripciones escritas en esta lengua, y otras que simplemente reflejan la influencia que sobre él ejercieron las formas administrativas helénicas. Su contenido se refiere principalmente a la ley religiosa del budismo que intenta imponer entre todos sus súbditos, incluidos los griegos de Aracosia.

Tal actitud parte, al parecer, del momento de su propia conversión, producida como consecuencia del arrepentimiento posterior a la conquista de Kalinga, plagada de destrucción, muerte y deportaciones. Se trataría, en cierta medida, de una renuncia expresa al imperialismo. No debe de ser casual que una cierta tradición grecolatina atribuya habitualmente a los indios las ideas contrarias a las ansias imperialistas de los grandes gobernantes, lo que, en cierta medida, estaba ya contenido en los diálogos de Alejandro y en la concepción historiográfica de Megástenes, admirador de la *justicia* de los indios y de la carencia entre ellos de grandes conquistadores.





Fantástico anacronismo en esta representación medieval del avance de Alejandro hacia la India (grabado francés del siglo XIII)

Después de que Filipo quedara como sátrapa de la Bactriana, a la muerte de Alejandro, la historia de esta región permanece oscura durante algún tiempo, hasta el punto de que no se sabe cuándo se produjo su independencia del reino seléucida y su configuración como nuevo reino. En cualquier caso, parece que este acontecimiento se produjo en algún momento de la segunda mitad del siglo III a. C., en relación con la presencia de los partos en la zona. Así, quedaron durante cierto tiempo cortadas las comunicaciones con Occidente, lo que facilitó la usurpación, pero también obligó a los nuevos monarcas a buscar nuevos modos de expansión hacia la India y erigirse en sucesores de Alejandro. Parece que fue Demetrio I quien, ya en el siglo II a. C., aprovechando el debilitamiento del reino maurya, penetró en la zona occidental de la India y llegó a Patala. Se debate sobre si uno de sus generales hizo una expedición al Ganges y ocupó temporalmente Pataliputra.

Gracias a las fuentes pertenecientes a la literatura india, se conoce con más claridad la posición de Menandro en el país, aunque no los orígenes de su poder, que parece proceder del conflicto civil. Menandro, como rey, estableció su residencia en Sakala, que se convirtió en un importante centro de comercio, dentro de una ruta que pasaba por Pushkalavati y Taxila. Así se conseguía mantener el comercio con Oriente. Los reyes de Bactriana, en su dominio de la India, experimentan tan fuerte influencia de las tradiciones de este país que, del último citado, de Menandro, se dice que se convirtió al budismo. A su muerte decayó el reino griego de la India, debido a rivalidades por el poder y al hundimiento de la misma región bactriana. Después de una serie de altibajos, entre los que destaca la época de Apolódoto, que llegó a gobernar en Saurashtra hacia el año 70 a. C., con el fin del reino de Sakala terminó el control griego del este del Indo y, con la muerte de Hermeo, en el 30 a. C., finaliza el control de los territorios al sur del Hindu-Kush.

Las rutas marítimas

Resulta en principio paradójico que sea precisamente el siglo I d. C., cuando ya no existe presencia institucional griega en la India y los partos se encuentran asentados en Mesopotamia, el momento en que se intensifica, según todos los datos, el contacto comercial de Occidente con la India y el Oriente. Desde luego, es preciso tener en cuenta el aparato protector y consumidor que representa el Imperio romano, pero también hay que considerar que, desde la época ptolemaica, se ha impulsado la navegación desde Egipto, a través de puertos como Mioshormos o Berenice, en comunicación con Coptos, en dirección al puerto indio de Patala, favorecida por el conocimiento del monzón, cuyo descubrimiento se atribuía a Hípalo, posiblemente el primero que siguió esta ruta y que le dio el nombre por el que lo conocían los an-

tiguos. Más adelante, se haría accesible también el puerto de Barygaza, en la India, y las naves podrían zarpar del puerto de Aelana, en el golfo de Akaba, después de haber tomado como lugar de distribución el centro nabateo de Petra.

Desde la costa noroccidental de la India, el reino de Kushana era el que servía de intermediario para el establecimiento de las rutas hacia el interior del continente, de acuerdo con lo que aparece detallado en el escrito conocido como *Periplo del mar Eritreo.* A partir de una situación próspera, debida a los beneficios de la irrigación en la alta cuenca del Indo, Kushana pudo convertirse en lugar de atracción de los comerciantes procedentes tanto del este como del oeste, lo que a su vez aumentó su prosperidad en los siglos II y III.

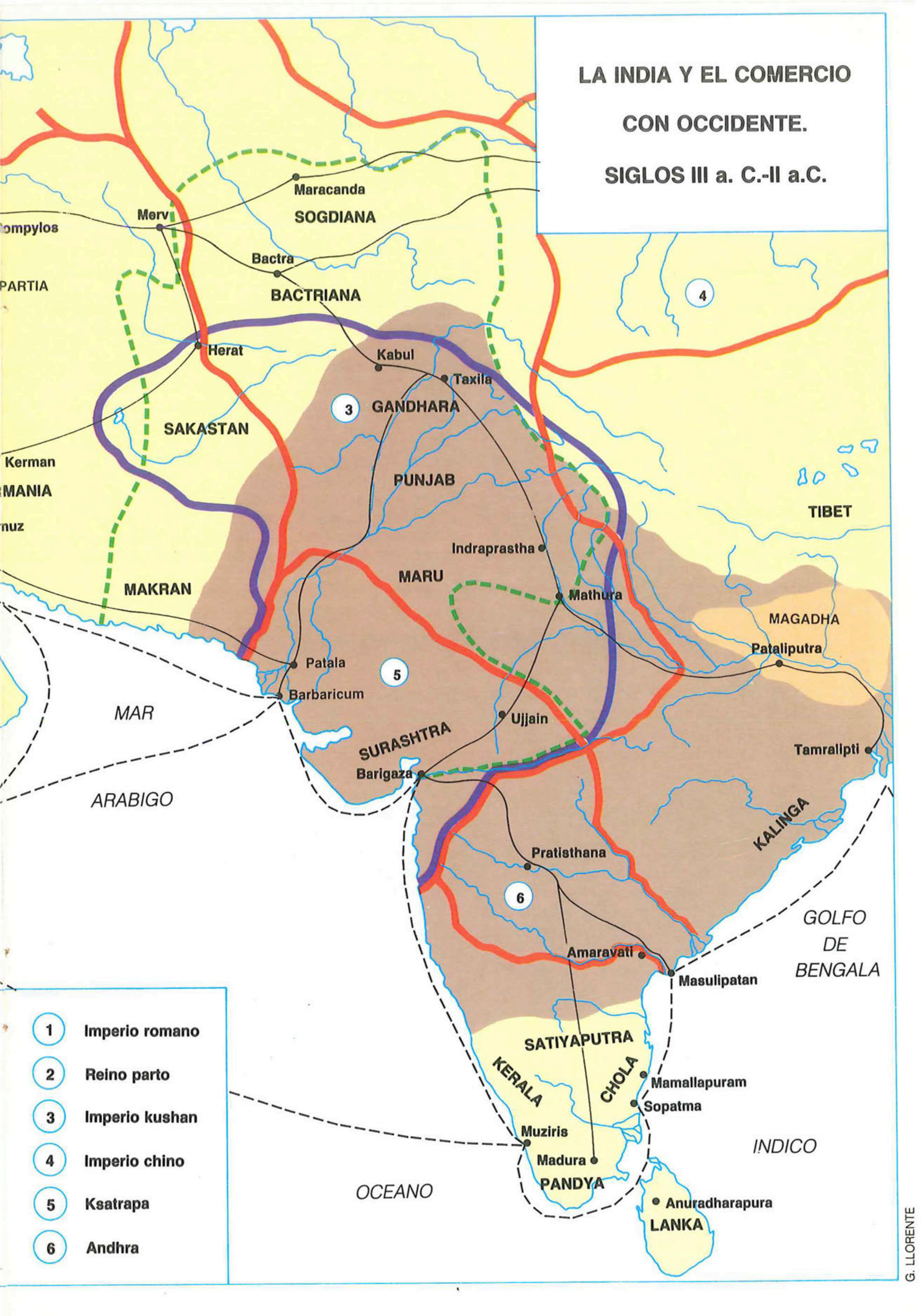
En Occidente, las rutas que utilizaban los puertos de Egipto convierten a Alejandría en uno de los mayores centros receptores de productos exóticos y de distribución a partir del lejano Oriente. También adquirió una enorme importancia Palmira, comunicada con Petra, lugar de concentración del mercado de las ciudades del Mediterráneo oriental. La crisis del comercio con Oriente se producirá principalmente a partir de la destrucción de Coptos en 297 por Diocleciano, y cuando Berenice y la ruta de Mioshormos cayó bajo el control de los blemios, así como a partir del saqueo de Palmira por Aureliano en el año 273.

Las mercancías

Las relaciones comerciales establecidas en la antigüedad clásica entre el Occidente y el Oriente tenían como objeto prácticamente único el intercambio de productos de lujo y responden al desarrollo de la capacidad consumidora de ciertos centros de poder, entre los que destacará de una manera notable la Roma imperial. Desde el punto de vista occidental es, pues, explicable que se tomaran determinadas medidas que facilitaran el acceso a tales productos. De entre éstos, fue la seda la que desempeñó un papel protagonista, pues unía su belleza y exotismo, su extraño origen y su misterioso sistema de elaboración, a la relativa facilidad del transporte y a la posibilidad de uso y exhibición por parte de sus compradores.

La seda formaba parte de la indumentaria que utilizaba Calígula para acentuar los aspectos carismáticos de su poder. Para otros, en cambio, el uso de la seda se rechazaba como exceso de lujo. A Caracalla le critican que le gustara vestirse de seda, y que rechazara los vestidos romanos y griegos porque estaban hechos de lana. En Roma, pues, la seda proporciona prestigio, pero al mismo tiempo acentúa el papel orientalizante que adoptan algunos emperadores, criticados por ello de alejarse de las propias tradiciones.

Núcleo originario del Imperio maurya
El Imperio maurya bajo Asoka (h. 230 a.C.)
El Reino greco-bactriano hacia 150 a.C.
El Imperio sace hacia 80 a.C.
Rutas comerciales terrestres
Rutas comerciales marítimas
Principales estados hacia 150 d.C.


LA INDIA Y EL COMERCIO
CON OCCIDENTE.
SIGLOS III a. C.-II a.C.
Maracanda
SOGDIANA
Merv
ompylos
Bactra
PARTIA
BACTRIANA
4
Herat
Kabul
Taxila
3
GANDHARA
SAKASTAN
Kerman
MANIA
PUNJAB
TIBET
nuz
Indraprastha
MARU
MAKRAN
Mathura
MAGADHA
Pataliputra
Patala
5
Barbaricum
MAR
Ujjain
SURASHTRA
Tamralipti
Barigaza
ARABIGO
KALINGA
Pratisthana
6
GOLFO
DE
BENGALA
Amaravati
Masulipatan
SATIYAPUTRA
KERALA
CHOLA
Mamallapuram
Sopatma
Muziris
INDICO
Madura
PANDYA
OCEANO
Anuradharapura
LANKA
1 Imperio romano
2 Reino parto
3 Imperio kushan
4 Imperio chino
5 Ksatrapa
6 Andhra
G. LLORENTE

Otros productos que las fuentes consideran habitualmente como importados de Oriente son las pieles, el hierro, el lapislázuli y el cinamomo y otras especias. El pueblo concreto al que se atribuye el origen de estas mercancías exóticas es el de los *seres,* que se menciona entre los que vinieron a Roma a solicitar la amistad de Augusto y a rendirle honores después de la pacificación.

Comercio con China

La principal información sobre los *seres* nos viene de Ptolomeo, aunque haya menciones aisladas anteriores que indican la previa existencia de contactos. Habla de Sérica como de un territorio de más de un millón y medio de kilómetros cuadrados, limitado al este por los *sinas,* al sur por la India, al oeste por los escitas y al noroeste por pueblos desconocidos. Según los datos que pueden identificarse, nos encontraríamos en el territorio mismo de la China. Sus datos proceden de Marino de Tiro, que a su vez los tomó de un comerciante sirio denominado *Maes Titianus,* traficante, sin duda, que utilizaba las rutas mencionadas. Ptolomeo cita a los *sinas* en otras circunstancias, y da la impresión de que se refiere al mismo pueblo mencionado anteriormente, pero conocido a través de rutas marítimas que llegaban por lo menos a la costa Malabar, y que puede haber prolongado sus viajes para justificar que Pausanias se refiera a los *seres* como habitantes de una isla y para explicar que en la China se conociera el nombre del emperador Marco Aurelio Antonino, si es cierta la identificación que suele hacerse. Se ha llegado a creer en la hipótesis de que llegara a existir un comercio marítimo con Cantón.

Desde el punto de vista oriental las relaciones comerciales con Occidente están condicionadas por unos caracteres sociales y económicos completamente particulares. El inicio de los intercambios que hacían llegar al Occidente los productos orientales sólo puede explicarse como resultado de la evolución de los pueblos de las estepas que, por sus propias circunstancias históricas, se convirtieron en creadores de una demanda para las mercancías chinas y las llevaron a Siberia y Turkestán, con lo que abrieron las vías entre Occidente y Oriente. Más que en rutas caravaneras hay que pensar en principio en la utilización de los ríos como vías de comunicación para el transporte de mercancías, lo

Una embajada india a Augusto

Estrabón (*Geografía,* 15.I.73) nos da esta curiosa y única descripción de una embajada enviada por un rey de la India para entrar en contacto con el emperador Augusto. El hecho ocurrió hacia el año 20 a. C., y Estrabón recoge la noticia de Nicolás de Damasco, un literato de la corte de Herodes el Grande.

Dice (Nicolás de Damasco) *que en Antioquía, cerca de Dafne, se encontró por casualidad con los embajadores indios que habían sido enviados a César Augusto; que en la carta que llevaban se indicaba que eran más de tres embajadores, pero que sólo tres habían sobrevivido —según dice que le explicaron— porque el resto había muerto, a causa sobre todo de la longitud del viaje; que la carta estaba escrita en griego sobre una piel; que en ella se decía que el remitente era Poro, y que éste, que reinaba sobre seiscientos reyes, deseaba ser amigo de César, y estaba dispuesto no sólo a permitirle el paso a través de su territorio, cuando quisiese ir, sino también a cooperar con él en cuanto fuese honroso. Dice Nicolás que tal era el contenido de la carta a César; que los regalos que le llevaban fueron presentados por ocho sirvientes desnudos, vestidos tan sólo con taparrabos rociados con suaves perfumes; y que dichos dones consistían en una* herma *—un hombre que había nacido sin brazos, al que yo mismo he visto—, grandes víboras, una serpiente de diez codos de largo, una tortuga de río de tres codos de longitud, y una perdiz más grande que un buitre. Iban acompañados también, según él, por un hombre que acabaría quemándose a sí mismo en Atenas; pues mientras que algunos hombres se suicidan cuando se hallan en la adversidad, queriendo liberarse de sus males, otros actúan así cuando es dichosa su suerte, y tal era el caso de este hombre: en efecto, según añade Nicolás, aunque todo le había salido a su gusto hasta ese momento, consideró necesario entonces abandonar esta vida, no fuese que le pudiera sobrevenir una desgracia si permanecía aquí; y por ello saltó sobre la pira dando una carcajada, ungido su cuerpo y cubierto por un simple taparrabo. Sobre su tumba fueron inscritas las siguientes palabras: «Aquí yace Zarmanochegas, indio de Bargosa, que se inmortalizó a sí mismo siguiendo las ancestrales costumbres de los indios.»*



Figura india en marfil hallada en las excavaciones de Pompeya (siglo I d. C.)

que crearía diversos caminos más que una ruta propiamente dicha. Así, los griegos de Bactría ya estaban en contacto con los *seres*, que servirían de transmisores de los productos orientales. En líneas generales, el transporte, a partir de ciertos puntos, se hacía principalmente a través de griegos y de mercaderes súbditos del Imperio romano, según las circunstancias, pero la difusión inicial se llevaría a cabo por medios propios de las sociedades primitivas, por la distribución de dones que crean nuevas formas de relaciones sociales en un momento dado de la historia de las transformaciones internas de los pueblos nómadas, coincidentes con la creación de formas primitivas de aristocracia o nobleza. El comercio a larga distancia es algo más bien aislado y coyuntural, ligado a momentos precisos de la historia del Occidente, más que a las propias circunstancias del Oriente. Del sistema de don y regalo por el que se distribuirán los productos entre los aristócratas guerreros de las estepas, pasarán a los sogdianos y bactrianos que, con sus métodos más adecuados a las necesidades comerciales de Occidente, los trasmiten a los mercaderes de Palmira o Egipto a través de los partos o de las rutas de la India noroccidental.

El comercio en la historia política

Seguramente, el encarecimiento de los productos deriva más de las últimas etapas que de las primeras y se enriquecían más los mercaderes de Alejandría y Palmira que los mismos productores de seda. Dentro de las condiciones del mercado antiguo es difícil pensar que, en ningún momento, el Estado romano tuviera necesidad de eliminar competencias de mercaderes orientales. Da la impresión, pues, de que para el Imperio, y para Occidente en general, tales relaciones comerciales no tuvieron más influencia que la de servir de acceso a bienes de prestigio relacionados con el desarrollo de ciertas formas de poder. Tras la ruptura de relaciones entre Oriente y Occidente, la vida económica oriental experimentó un nuevo desarrollo, por lo que igualmente puede considerarse que exportar sus productos a Occidente no formaba una parte sustancial de los métodos de reproducción de su vida económica y social.

La expansión china

Ana Ramos y Carmen García-Ormaechea
Universidad Complutense de Madrid

DESDE los albores de la civilización, el Cercano Oriente ejercía una amplia influencia sobre Occidente; sin embargo, el Extremo Oriente permanecía ajeno a estos intercambios.

A pesar de que China siempre se ha considerado a sí misma el centro del mundo —el *Imperio del medio* o *jung guo*— no pudo evitar más tarde la tentación de abrir sus puertas a la civilización occidental, a través del comercio y el intercambio cultural que han sido siempre el estímulo más fuerte para el cambio y el desarrollo de los pueblos.

Entre los muchos aspectos de la civilización china que estimularon la curiosidad de los occidentales (la escritura, la ciencia y el arte) (1), destaca la seda. Sin duda alguna, la seda representó una de las grandes aportaciones chinas a la civilización material del mundo. La leyenda atribuye el descubrimiento del secreto de la obtención de la seda a la primera concubina del legendario emperador chino Huangdi, la emperatriz Lei Zu (2). Este hecho tuvo lugar en Shandong alrededor del año 2640 a. C., cuando la emperatriz dejó caer un capullo en agua caliente, obteniendo una masa ablandada de la que se podía sacar un hilo continuo, resistente y brillante. La tradición remonta el descubrimiento de la seda a la misma época en que surgieron los elementos fundamentales de la civilización china, entre ellos la escritura, el calendario, el telar, el alfar, la forja y los aperos agrícolas. Las palabras gusano de seda, morera y seda se encuentran en los textos arcaicos cuyas inscripciones sobre hueso o concha de tortuga se remontan a la dinastía Shang (siglo XVII-XI a. C.). En esta época, China mantenía sus clásicas fronteras anteriores a la expansión del Imperio Han (siglo III a. C. - III d. C.): el mar de China al este, las tierras bañadas por el río Chang Jiang (el antiguo Yangtse) al sur, el desierto del Gobi y las estepas de Mongolia al norte, y al oeste las tierras del actual Gansu.

Tenemos conocimiento de la existencia de un primer comercio chino en la civilización urbana de la dinastía Shang; en sus tumbas se han encontrado objetos que proceden de zonas del sudoeste asiático.

Estos contactos con otras partes de Asia se estrecharon durante los últimos siglos de la dinastía Zhou (siglo XI-III a. C.) El ocaso de esta dinastía coincidirá con el desarrollo del comercio en China, aspecto significativo del cambio social, puesto que hacia el año 770 a. C. existían en este país cuatro estamentos sociales: *shin* (la pequeña nobleza, los caballeros y funcionarios), *nung* (los campesinos), *kung* (artesanos) y *shang* (mercaderes) ocupando el último escalón jerárquico. Los *shang* o mercaderes eran nobles empobrecidos que, en lugar de rebajarse al nivel de los *nung*, encontraron una salida en el comercio mientras China entraba en un feudalismo decadente.

A medida que se desarrollaron las técnicas y vías de comunicación, los contactos de China con pueblos próximos se ampliaron. Con la dinastía Qin (221-207 a. C.) llegó la unificación del Imperio, gracias a la cual mejoró el comercio. Se unificaron pesos y medidas, el sistema monetario, la escritura, así como se uniformó la anchura de los carruajes y se construyó una red de carreteras, destacando la vía de circunvalación de la frontera septentrional. Esta tenía carácter militar y será el origen de la Gran Muralla. La Gran Muralla, además de símbolo de la unidad imperial, limitará el territorio chino frente a dos tribus nómadas que amenazaban constantemente a los Qin: los Hou y los Xiungnu o Hunos.

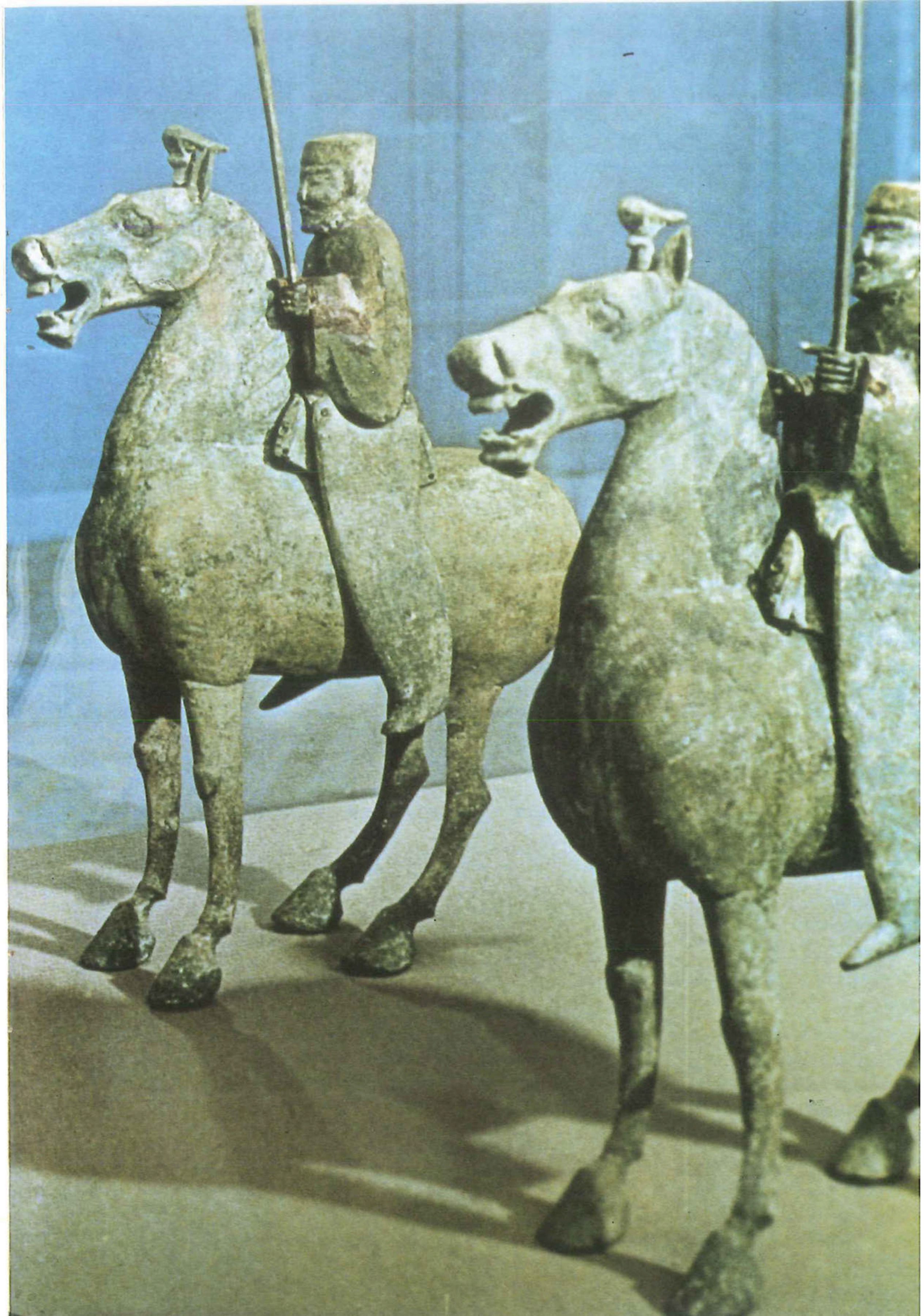
Las vías fundamentales de lo que se conoce como la Ruta de la Seda estaban ya trazadas con la dinastía Qin. Sólo se necesitaba el momento histórico adecuado para ponerla en funcionamiento. Para ello hubo que esperar a una situación con cierta estabilidad política y con un desarrollo económico que permitieran producir una mentalidad aperturista de los chinos, obsesionados por conservar su civilización en el interior de su mundo cerrado. Esta situación surgirá con la dinastía Han.

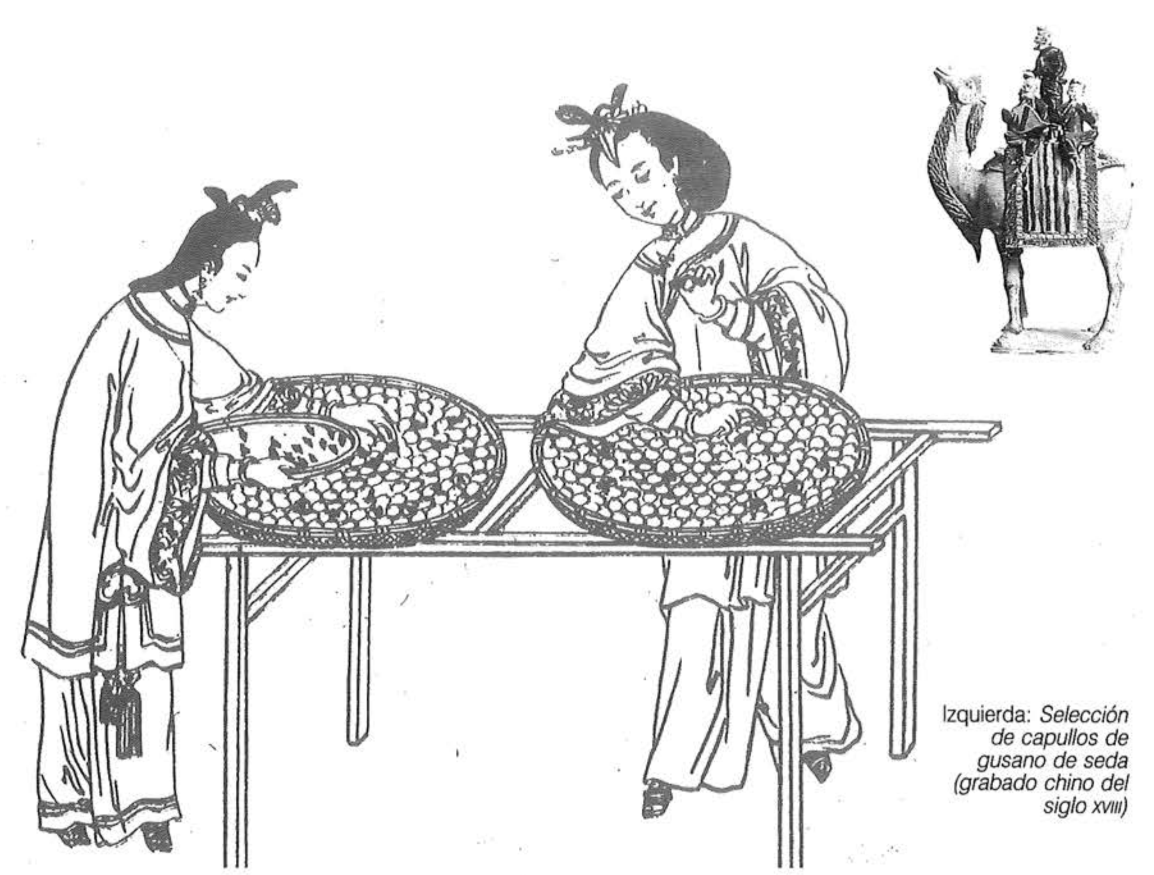
Los Han gobernaron durante cuatrocientos años divididos en dos etapas: Han Anteriores u Occidentales (206 a. C. - 6 d. C.) con capital en Changan (actual Xian), y los Han Posteriores u Orientales (25-220 d. C.), separados por la Dinastía Nueva del usurpador Wang Mang, que reinó del 9 al 22 d. C. La capital durante la última época Han será Luoyang.

El enemigo más constante del imperio Han fue el pueblo nómada de los Xiungnu, situado al norte de la Gran Muralla, que desestabilizó las zonas de



Jinetes de bronce de la dinastía Han, China siglo II d. C.





Izquierda: *Selección de capullos de gusano de seda (grabado chino del siglo XVIII)*

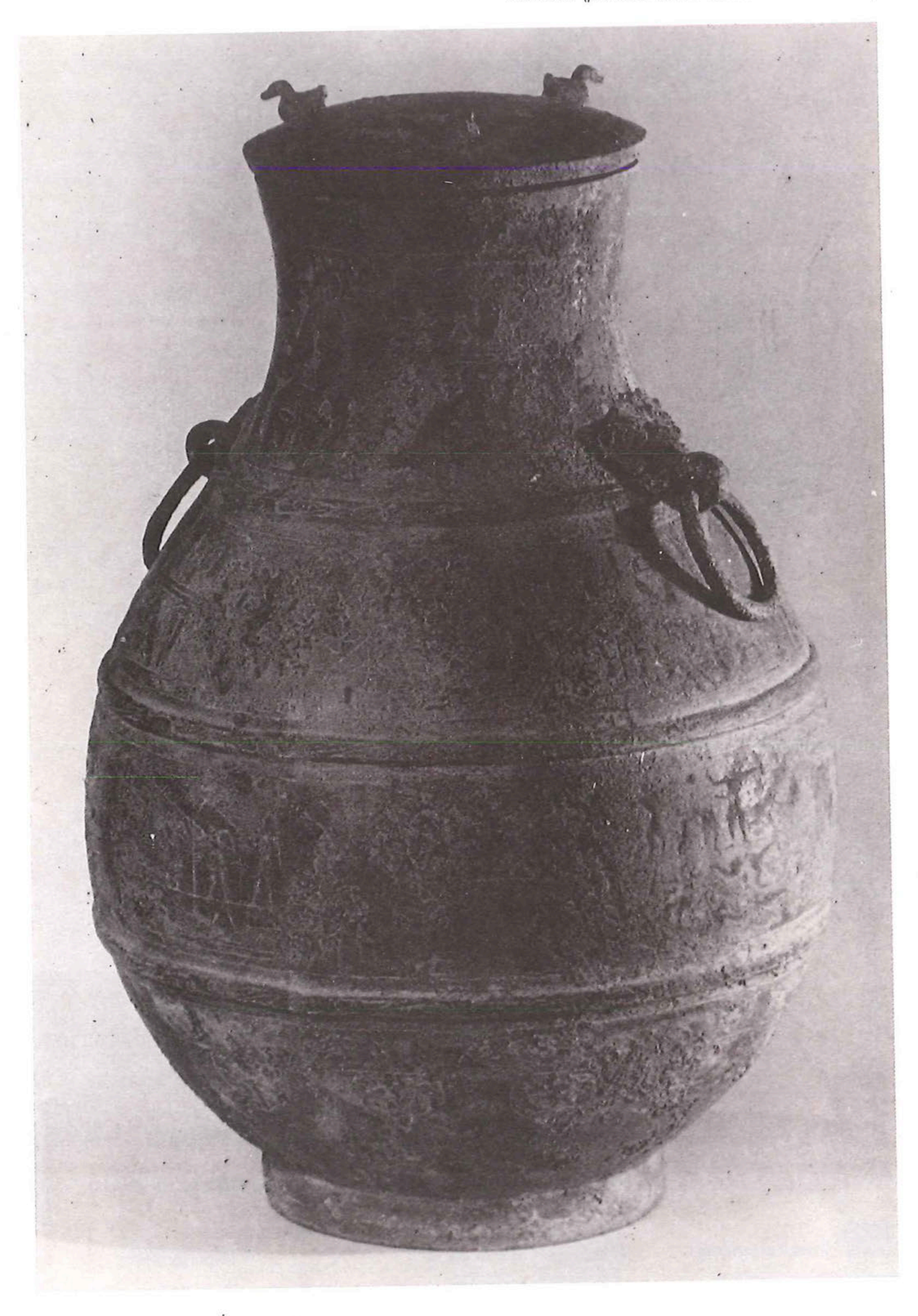
comercio e impidió un normal desarrollo del intercambio de productos. El emperador Wendi (179-157 a. C.) intentó comprar la paz de las fronteras entregando cereales y seda a los Xiungnu. Pero fue tal la cantidad de piezas de seda entregada a los bárbaros, que éstos acabaron vendiendo las piezas sobrantes en el Asia occidental y obteniendo ganancias sustanciosas. La ruta estaba establecida y la valía del tributo de la seda dio nombre a esta vía de intercambio.

Bajo el gobierno del emperador Wudi (140-87 a. C.) se pasó de la política defensiva a la ofensiva. La cuenca del Tarim, con población de habla indoeuropea, representaba el objetivo inmediato; era una zona de control comercial donde estaban situados los oasis buscados por las caravanas en su camino hacia Occidente. Asimismo, existían zonas de explotación de jade que tanto interesaban a China, por lo que a esa zona también se la llamaba *ru guo* o *país del jade* (3). Esta cuenca había caído en manos de los Xiungnu. En el año 121 a. C. el general Hochubing avanzó hacia el noroeste, conquistando el *corredor* del Gansu donde estableció un asentamiento militar y comercial. Con anterioridad, en este territorio se había establecido el pueblo nómada de los Yuejin, que en el año 180 a. C. se vio desplazado a la zona de la Bactriana (Afganistán) por el empuje de los Xiungnu, contra los que buscó un aliado para vengarse. Wudi decidió ponerse en contacto con los Yuejin con la idea de unir fuerzas para realizar un ataque definitivo contra los Xiungnu. Buscó un voluntario para esta peligrosa misión. Zhang Qian, un miembro de la caballería oficial se presentó voluntario y fue aceptado por el emperador. Este joven aventurero cruzó China en una misión secreta hacia la entonces remota y misteriosa región del Oeste. Aunque su propósito inmediato finalizó en fracaso, llegó a ser uno de los viajeros más importantes de la historia. Dejando China, descubrió Occidente a través de lo que después sería la Ruta de la Seda.

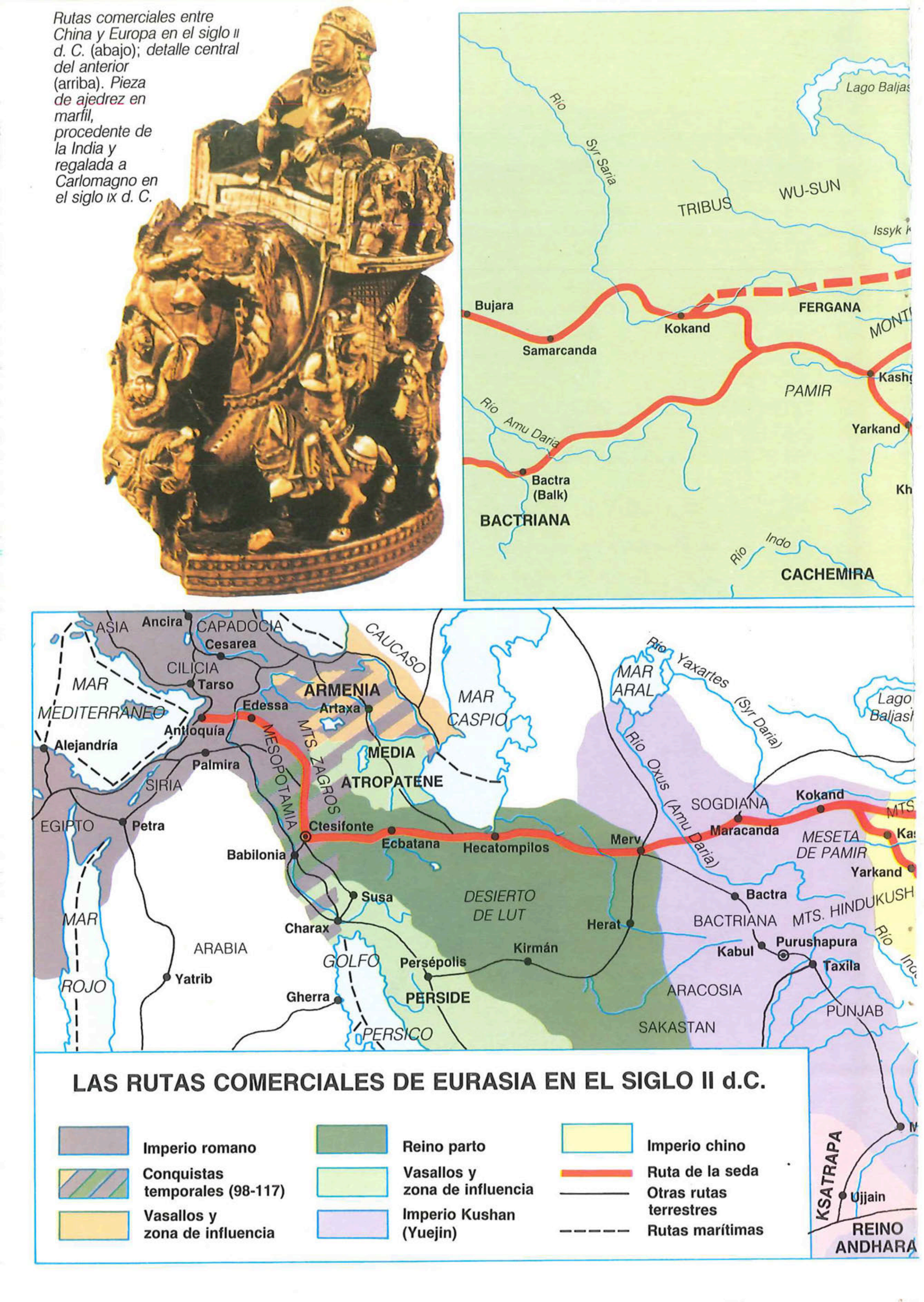
La aventura de Zhang Qian

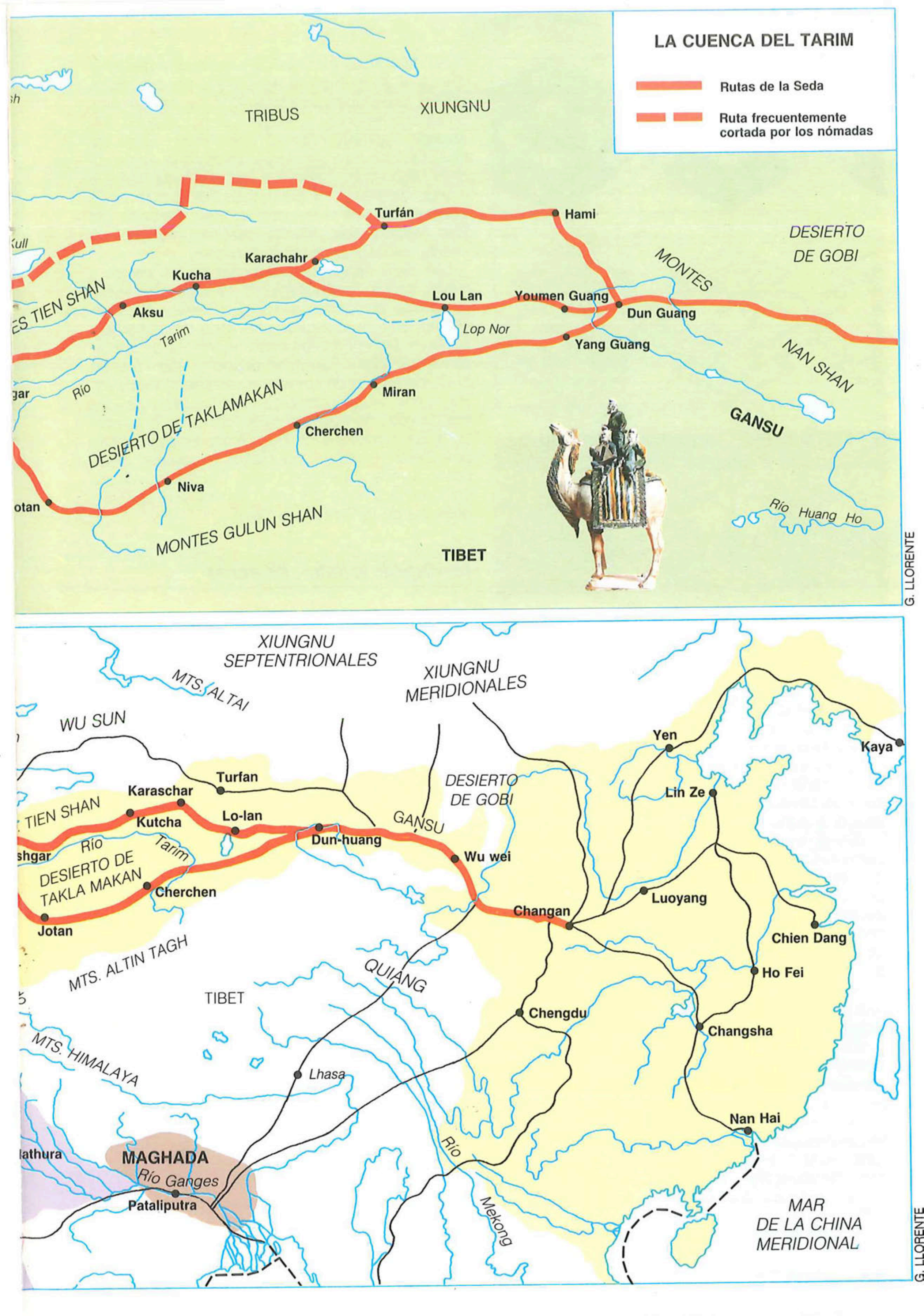
En el año 138 a. C., Zhang Qian salió con una caravana de cien hombres. Los Xiungnu le interceptaron en el Gansu teniendo que permanecer con ellos diez años. Tras conseguir escaparse llegó a Fergana, pequeño principado cerca de Kokand, en el Turquestán ruso y a unos 6.000 kilómetros de China. Aquí descubrió que los Yuejin se habían desviado al sudoeste; al final, los alcanzó en Bactriana, a la altura del curso medio del río Amu Daria. Pero los años habían pasado y los Yuejin, asentados en estas ricas comarcas, habían perdido todo interés en esta venganza. Zhang Qian permaneció con ellos un año, obteniendo tanta información como le fue posible sobre ellos y otras tribus y ciudades del Asia central. En el viaje de vuelta fue de nuevo capturado por los Xiungnu. Finalmente y después de trece años, logró alcanzar la capital Han de Changan. De la partida original de cien hombres sólo regresó él.

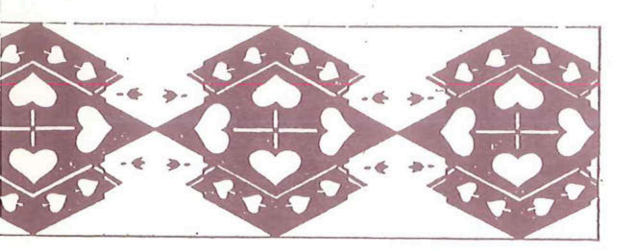
Jarrón realizado en bronce con escenas de combate (período de los Reinos Combatientes)

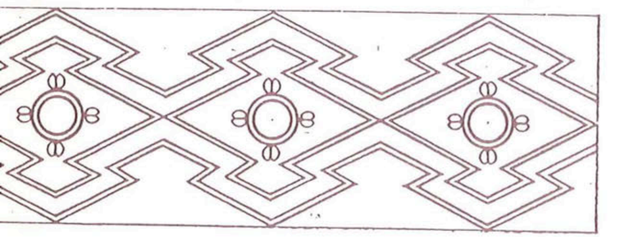


Rutas comerciales entre China y Europa en el siglo II d. C. (abajo); *detalle central del anterior* (arriba). *Pieza de ajedrez en marfil, procedente de la India y regalada a Carlomagno en el siglo IX d. C.*




LA CUENCA DEL TARIM
Rutas de la Seda
Ruta frecuentemente cortada por los nómadas
TRIBUS
XIUNGNU
Turfán
Hami
Karachahr
Kucha
Aksu
TIEN SHAN
Tarim
Río
Lou Lan
Youmen Guang
Dun Guang
Lop Nor
Yang Guang
DESIERTO DE GOBI
MONTES
NAN SHAN
GANSU
Miran
Cherchen
DESIERTO DE TAKLAMAKAN
Niva
MONTES GULUN SHAN
TIBET
Río Huang Ho
G. LLORENTE
XIUNGNU SEPTENTRIONALES
XIUNGNU MERIDIONALES
MTS. ALTAI
WU SUN
Turfan
Karaschar
TIEN SHAN
Kutcha
Lo-lan
Río
Tarim
DESIERTO DE TAKLA MAKAN
Cherchen
Jotan
DESIERTO DE GOBI
GANSU
Dun-huang
Wu wei
Changan
Yen
Kaya
Lin Ze
Luoyang
Chien Dang
Ho Fei
MTS. ALTIN TAGH
QUIANG
TIBET
Chengdu
Changsha
MTS. HIMALAYA
Lhasa
Nan Hai
MAGHADA
Río Ganges
Pataliputra
Río
Mekong
MAR DE LA CHINA MERIDIONAL
G. LLORENTE







La información que Zhang Qian trajo consigo —militar, política, económica y geográfica— causó sensación en la corte Han. Gracias a su emisario, el emperador tuvo conocimiento del rico, y hasta entonces desconocido, principado de Fergana, y de las ciudades de Samarkanda y Bokhara (en el Turquestán ruso) y Balk (en Afganistán). También por primera vez, tuvo noticias de Persia (Ngan Si), de Asia menor (Diaozhe), del *mar occidental* (que se identificó con el Mediterráneo), y de una tierra distante llamada Liejien; para muchos orientalistas ésta se trataba de Roma.

Zhang Qian había encontrado una vía comercial para explotar. La expansión china se puso en marcha, abriendo nuevas rutas comerciales y ampliando sus horizontes culturales y económicos. Muchas expediciones le siguieron, pues el emperador Wudi decidió expandir el Imperio hacia el Oeste. A pesar del patronazgo del emperador, se puede afirmar que Zhang Qian es el creador de la Ruta de la Seda.

Los sucesores de Wudi se esforzaron en consolidar sus posiciones en territorios occidentales, estableciendo un protectorado en el Turquestán con la construcción de dos fortalezas, la de Youmen Guang y la de Yang Guang, en la punta noroeste del Gansu. Ambas fueron dos puntales para la aventura china en Occidente (4).

Con el emperador Mingdi (58-75 d. C.), los chinos se propusieron zanjar el problema del valle del Tarim. Esta cuenca forma un valle cerrado protegido por afluentes y arroyos, el desierto de Taklamakan, y por las cadenas Tien Shan al norte y Gunlu Shan al sur. Los afluentes y arroyos que bajan de ambas cadenas montañosas se desecan en el Tarim formando llanuras de loes, arcilla que enriquece el suelo para la agricultura. En esta zona, que es la actual provincia de Xinjiang, se formaron un rosario de oasis: Kashgar, Lobnor, Kutcha, Karachahr, Yarkand, Khotan, Niva y Hiran. Estos oasis establecían los principales hitos de la vía de comunicación entre China y la India, y entre Irán y el mundo mediterráneo. Estas ricas tierras cultivables estaban en manos de poblaciones agrícolas del Asia indoeuropea. Mucho después, servirán de asentamiento a los turco-mongoles.

Los oasis atrajeron la atención de los chinos y de los hunos. Para establecer su soberanía sobre los pequeños reinos del Tarim, la corte de los segundos Han llevó a cabo una serie de campañas militares. De entre ellas cabe resaltar la del general de caballería Pan Zhao desde el año 73 al 94 d. C., consiguiendo someter a vasallaje a todos estos reinos. El conocimiento científico que los chinos tuvieron del Asia central se debió, en gran parte, a las campañas de Pan Zhao. Estas victorias permitieron también una mayor expansión china hasta la mitad oeste del Pamir. El establecimiento chino en la cuenca del Tarim consolida la apertura definitiva de la Ruta de la Seda.

La «Ruta de la Seda». Itinerarios

Este evocativo nombre fue acuñado por el erudito alemán y célebre explorador asiático barón Ferdinand von Richtofen, en el siglo pasado. La Ruta de la Seda comenzaba en Changan (actual Xian) pasando a través del *corredor* de Gansu hacia los oasis de Dunhuang, ciudad fronteriza con el desierto del Gobi y destinada a jugar un papel fundamental en la historia de la Ruta. Atravesando la famosa *puerta de jade* o *ru men guan,* la Ruta se dividía en dos vías diferentes que bordeaban el desierto de Taklamakan:

La Ruta Norte. Se dirigía primero a Hami y luego, ciñéndose a las faldas de Tien shan o *montes Celestes,* seguía la línea de oasis situados a lo largo del desierto. Pasaba a través de los oasis de Lobnor, Turfan, Karashahr, Kucha y Kasghar. Luego, atravesaba el Pamir hacia el oeste y conducía a Kokand, Gangkiu y Yanzai, ocupados todos ellos por pueblos indoeuropeos.

La Ruta Sur. Rodeaba el desierto por los oasis de Miran, Endere, Niya, Khotan, Yarkand y Kashgar donde se reunía con la Ruta Norte. Desde aquí, la Ruta continuaba hacia el oeste, comenzando una larga y peligrosa ascensión al alto Pamir, el techo del mundo. Después, salía del territorio chino para penetrar en lo que actualmente es el Asia central soviética (Samarkanda, Bokhara y Merv), prosiguiendo luego por Irán e Irak hasta llegar a la costa mediterránea. Entonces, los barcos se dirigían a Roma y Alejandría. Otro camino de la Ruta Sur se desviaba en Yarkand y se dirigía a Balkh, para volver a reunirse en la ciudad de Merv. Otra tercera vía salía de nuevo desde Yarkand hacia la India, subiendo a través de los peligrosos pasos

Izquierda: *Diseño para seda de la dinastía Han (206-220 d. C.). Credencial de bronce en forma de tigre, dinastía Qin* (arriba). *Grabado en piedra reproduciendo un taller de hilado, dinastía Han del Este* (abajo)





del Karakorum, *las puertas de la India,* hacia las ciudades de Leh y Srinagar, antes de comenzar el fácil descenso hacia los mercados de la costa de Bombay.

Esta doble ruta no quedó definitivamente en manos chinas hasta el año 60 d. C. aproximadamente. Para mantenerla estable se estableció de trecho en trecho una serie de puestos militares y *comisarios* del Imperio Han, responsables de la seguridad de la Ruta de la Seda y del aprovisionamiento de los funcionarios enviados en misión a los países extranjeros. Para avituallar a estas tropas de ocupación, se contrataron soldados colonos, que realizaban también empresas agrícolas.

Contactos culturales

El establecimiento de un comercio regular fue posible gracias a la consolidación de cuatro grandes civilizaciones a fines del siglo I d. C., sólidamente históricas, prósperas y militarmente poderosas: en Occidente, el Imperio romano; en Extremo Oriente, el Imperio chino; en Oriente, el reino de los grandes kushanas, que englobaba el norte de la India y Afganistán; entre ellos estaban situados los partos, como intermediarios monopolistas.

Los chinos sabían más del Imperio romano que los romanos del Imperio chino. El contacto directo entre ambos Imperios fue imposibilitado por los partos, que frenaron a los romanos en el Eufrates. El Imperio romano era conocido en la época Han como *da Qin* o la *gran China*. Incluso conocían las capitales del Oriente romano como Antioquía (*Hien Tu*) y Alejandría (*Ngan Tu*). En el año 98 d. C., siendo Trajano emperador, la expansión romana en Asia alcanza su máximo apogeo. En el 116 d. C. llegaron a entrar en la capital de los partos, Ctesifón, es decir en el Estado que actuaba de intermediario con los países del Extremo Oriente. En el año 36 a. C. había tenido lugar el primer y último enfrentamiento entre los chinos y las legiones romanas en Sogdiana.

En el año 166 de nuestra era, el emperador Marco Aurelio (para los chinos, *Andoun)* envió un embajador por vía marítima a través del Estado indochino de Je Nan, para establecer relaciones comerciales directas con China sin la mediación persa. Pero la dificultad y distancia de esta vía impidió la normalización de acuerdos políticos y comerciales. Las fuentes romanas ignoraron este hecho, pero sí queda señalado en el *Heu Han Chu* o *Historia de los Han posteriores,* redactado hacia el 430 d. C.

Hubo una célebre embajada china a Ngansi (Persia) en el año 115 ó 105 a. C., bajo el reinado de Mitrídates II. Su objetivo era comercial, y los historiadores suelen partir de ella para datar las pri-

Izquierda: *Relieve procedente de un* stupa *budista de Gandhara (siglo III d. C.).* Derecha: *Tela de seda de la dinastía Han del Oeste*



meras relaciones entre China y Persia. Posteriormente, en el 97 d. C., el general Pan Zhao encargó a uno de sus lugartenientes establecer relaciones con los partos y, después, con el Imperio romano. Una vez llegado al territorio parto, éstos le disuadieron de atravesar las fronteras romanas, evitando así una posible alianza entre chinos y romanos. Los partos, interesados por el comercio, buscaban controlar la ruta entre Oriente y Occidente para obligar a los viajeros de ambas partes del mundo a pasar con las caravanas por sus tierras. A finales del siglo I d. C. un gran reino se interpuso entre los chinos y los partos: los kushana; su población era una mezcla de escitas e indios muy influidos por el helenismo. Se dedicaban mayoritariamente al comercio, y los partos les compraban seda, tanto en piezas como en madejas. Ocupaban el actual Afganistán, el norte de India (Cachemira y Punjab), Pakistán (valle del Indo), los oasis occidentales del Tarim, y el Turquestán ruso hasta el mar de Aral incluido el antiguo Jorezm. En el año 97 d. C., mientras chinos y partos establecían relaciones comerciales directas, los kushanas enviaron una embajada a Roma con el fin de situar una vía marítima directa desde el mar Arábigo hasta el Mediterráneo. Esta ruta, denominada posteriormente Ruta de las Especias, acabó interesando tanto a chinos como a romanos.

Por la Ruta de la Seda los chinos traían de Asia central caballos (5), simientes de alfalfa, vid, lana, lino, coral, perlas, ámbar y piedras preciosas; especialmente apreciadas fueron las bolitas de vidrio romanas y los esmaltes persas. Ellos ofrecían a cambio las sedas, lacas y armas tan demandadas por los soberanos occidentales.

Bajo los Han, los ovillos de seda tenían un valor monetario y, tanto en los cambios oficiales como en los intercambios extranjeros, constituían la principal divisa. De esta forma, la seda llegó a los territorios romanos del Asia occidental (provincias de Armenia, Siria y Mesopotamia) limítrofes con el mundo parto. El *celeste Imperio* sólo exportaba una pequeña cantidad de seda tejida, mientras el gran comercio se realizaba en forma de madejas, ovillos y bobinas de distintas calidades, por lo que las factorías de Tiro y Antioquía trabajaban el hilo en telares.

En cuanto a los indios, denominados Yintu en

China, traían pimienta, clavo, drogas, ébano, incienso y cuernos de rinoceronte, muy apreciados por los chinos como recipientes mágicos y polvos medicinales.

Por otra parte, debemos hacer una mención especial a la penetración del budismo, que, originario de India, se extendió por Asia y al intercambio de motivos artísticos a lo largo de la Ruta de la Seda.

El budismo

El budismo es la primera gran religión extranjera que logró llegar hasta China, fundamentada espiritualmente en el confucianismo y en el taoísmo. Este hecho se vio favorecido por la transformación que estaba sufriendo la sociedad china. Los primeros datos fidedignos sobre el budismo en China se refieren al siglo I d. C., con el emperador Mingdi (58-75 d. C.). Seguramente, la difusión del budismo se realizó no sólo a través de monjes y peregrinos sino, principalmente, de los propios comerciantes, pues la distribución de los monasterios se ajusta al itinerario de la Ruta de la Seda. Los grandes santuarios budistas chinos eran numerosos y populares, y fueron excavados en altos acantilados de arenisca, constituyendo en la actualidad una de las maravillas del arte oriental: conjuntos de Dunhuang, Yungang y Longmen. Los misioneros budistas emprendieron su labor en los oasis del Tarim, entre las tribus indoeuropeas. Debido a esto el budismo penetró en China en su variante centroasiática del Mahayana *(Gran Vehículo)*, proselitista y altruista, con una gran imaginería de culto. Una vez en China, se difundió desde las ciudades al campo absorbiendo aspectos confucianos y taoístas.

Influencia artística

En cuanto al arte, hoy en día vemos muy claramente que China acogió con facilidad las influencias procedentes del Asia central y occidental —escita, siberiana, persa, india y helenística—. Por ejemplo, algún elemento del arte animalístico (kuei o dragón) existió simultáneamente en China, Siberia y Mesopotamia, entre los años 1.500 a 100 a. C. Las influencias y enriquecimientos fueron mutuos, incluso muchos temas de la época Zhou y Han aparecerán en el arte occidental de la Edad Media: los pájaros *papagayo* son idénticos al *fantástico* de los Zhou o al *rojo de fuego* de los Han. Estos y otros aspectos se explican gracias a un posible origen común, ya que los pueblos nómadas del Asia occidental pertenecían al mismo tronco indoeuropeo que los pueblos nómadas que invadieron Europa. Además, el arte que se transmitió a China, derivado de la doctrina y filosofía búdicas indias, pertenecía al estilo *greco-búdico* del Gandhara (valle del Indo), mezcla del helenismo provincial y de la iconografía india con influencias persas. A partir del siglo III d. C. la escultura budista se enriqueció con un nuevo material tomado de Persia, el estuco.

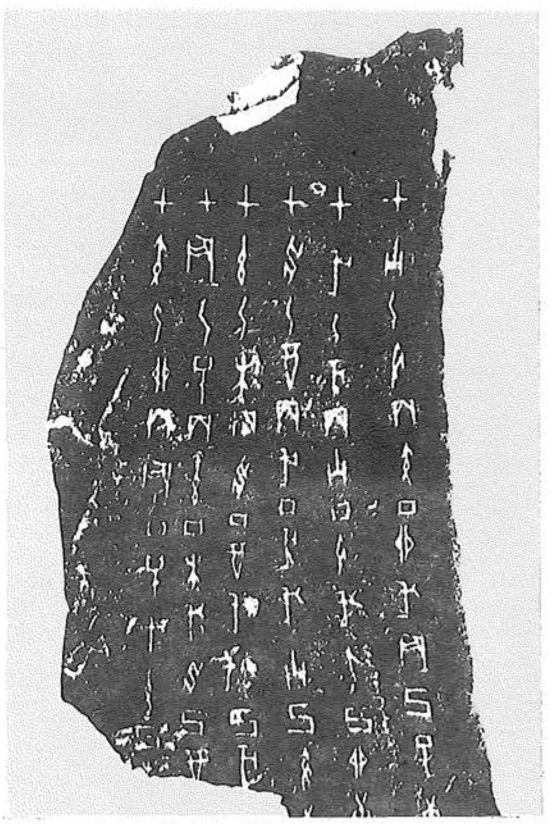
Estatua de Buda procedente de Gandhara (siglo III d. C.)

Príncipe de la dinastía Kushana, siglo II d. C. (centro). *Detalle de un cuadro de la dinastía Shang* (derecha)

La Ruta de la Seda sobrevivirá a la caída del Imperio chino Han y del Imperio romano occidental. Esto permitirá la permanencia de intercambios culturales y comerciales, que encontrarán un nuevo apogeo en los siglos VII y VIII d. C. con la aparición en escena de la dinastía Tang en China, y el califato Abasida en Bagdad. Estos últimos acabarán dirigiendo la mayor parte de las relaciones comerciales internacionales.

Todo comenzó en el humano deseo de ir *más allá*, pero se materializó en una ruta comercial dedicada principalmente a la seda. A este material *incomparable* le siguieron otros objetos artísticos y productos exóticos, que crearon la base para una irradiación cultural. Pocas civilizaciones permanecen aisladas totalmente, y menos cuando existe una vía de difusión tan desarrollada y poderosa como la Ruta de la Seda. Permitió conjugar dos espíritus tan dispares como el de Oriente y Occidente, en la conflictiva zona del Asia central y durante la época brillante de los Imperios romano y chino. Estas circunstancias son tan únicas y excepcionales como la propia Ruta de la Seda, que culmina la fantástica aventura de los viajeros, comerciantes y peregrinos de la antigüedad.





NOTAS

(1) Francis Bacon (1561-1626) afirmó que hubo tres descubrimientos que *cambiaron por completo el aspecto y el estado de las cosas en todo el mundo:* la imprenta, la pólvora y el compás magnético. Los tres surgieron de la civilización china. El primero influyó en la literatura; el segundo en la guerra y el tercero en la navegación. La imprenta trajo el Renacimiento y la Reforma; la pólvora cambió la estrategia de las guerras y la brújula permitió a Colón llegar a América en 1492.

(2) El nombre de Lei Zu, se compone de la palabra Zu, *antepasado* y del vocablo Lei, formado por los elementos *mujer, seda y campo.*

(3) La definición de jade en el diccionario de la época de los Han, *Shuo wen Jie Zi,* es la siguiente: *El Jade es la más perfecta de las piedras. Tiene cinco virtudes. La caridad, representada por su lustre, refulgente y brillante pero cálido; la rectitud, por su traslucidez que revela los colores y las marcas que lleva dentro; la sabiduría, por la pureza y la calidad penetrante de su sonido cuando se golpea la piedra; el valor, porque se puede romper, pero no se dobla; la equidad, porque tiene ángulos cortantes pero no hieren a nadie.*

(4) El *Cen Han Zhu* o *Historia de los primeros Han,* escrita por Pan Gu hacia finales del siglo I nos da las mejores informaciones sobre las nuevas colonias y rutas.

(5) Cuando el oficial Zhang Qian regresó de su expedición en el año 126 a. C., informó al emperador Wudi sobre la existencia en Fergana de una raza de caballos ligeros, fuertes y altos que provenían, según se decía, de los *caballos celestes.* Estos eran más aptos que los pequeños caballos de raza mongola y china. La decisión de no compartir los caballos con los chinos, obligó al emperador mandar expediciones militares, contra el reino de Fergana, para obtener los caballos.

Bibliografía

Albertini, R., *Verso la terre incógnite,* Venezia, 1967. Auboyer, J., *La route de la soie,* París, 1976. Beurdeley, C., *Les routes de la soie,* Suiza, 1985. Bolton, J. D. P., *Aristeas of Proconnesus,* Oxford, 1962. Boulnois, L., *La ruta de la seda,* Barcelona, 1986. Bunbury, E. H., *A History of Ancient Geography,* New York, 1959. Cary, M. y Warmington, E., *Les explorateurs de l'Antiquité,* París, 1932. Casariego, J. E., *Los grandes periplos de la Antigüedad,* Madrid, 1949. Drége, J. P., *La Ruta de la Seda. Pueblos, paisajes y leyendas,* Madrid, 1989. Finzi, C., *Ai confini del mondo,* Roma, 1979. Fiore, L., *Le esplorazioni geografiche dei Greci,* Firenze, 1960. Hyde, W. W., *Ancient Greek Mariners,* New York, 1947. Mazaheri, A., *La route de la soie,* París, 1983. Miller, I., *Roma e la via delle spezie,* Torino, 1974. Reinaud, M., *Relations politiques et commerciales de l'empire romain avec l'Asie orientale,* París, 1863. Thomson, J. O., *History of Ancient Geography,* Cambridge, 1948. Woodcock, G., *The Greeks in India,* London, 1966.

Conoce el Patrimonio Histórico Andaluz

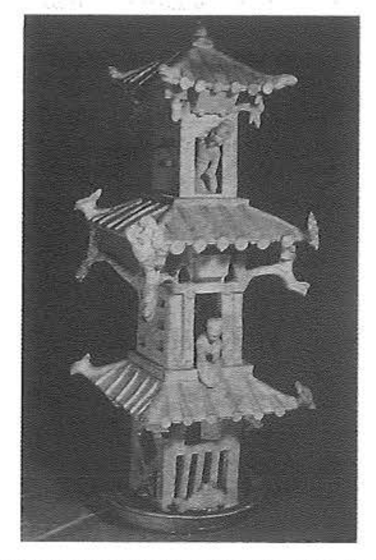
La Calahorra, fortaleza del siglo XIV, Córdoba.



Consejería de Cultura

Dirección General de Bienes Culturales

JUNTA DE ANDALUCIA



Reloj de arena en forma de torre, dinastía Han

La ruta de la seda

Textos

La selección de textos ha sido realizada por Carmen García-Ormaechea y Miguel Angel Elvira

CUADERNOS
historia 16

Wudi, iniciador de la ruta de la seda

EN el país de Jokand hay altas montañas. En ellas se encuentran caballos imposibles de atrapar. Por eso se toman yeguas atigradas, que se sueltan al pie de las montañas, a fin de que se ayunten con los caballos de las montañas. Esas yeguas paren potros que tienen un sudor de sangre, y por esto se les llama «potros de la raza de los caballos celestes». (...)

Como decíamos, el Hijo del Cielo «amaba demasiado los caballos de Jokand». Tenía o sentía, de todos modos, la más urgente necesidad de caballos para la remonta, ya que las campañas de los años 121-119 contra los hunos le habían costado más de cien mil.

Sü Ma-tsien nos expone, con su precisión habitual, cómo el emperador se las ingenió para realizar sus deseos:

«Se explicó a la corte que Jokand posee caballos maravillosos en la villa de Eul Che, pero los ocultan y se niegan a darlos al emperador chino. El Hijo del Cielo... envió a Jokand al gigante Se-lin y a varios otros, y les entregó una gran cantidad de plata y un caballo en oro macizo, para obtener del soberano de Jokand los hermosos caballos que poseía en Eul Che. La corte de Jokand tenía [ya] muchos objetos chinos. Por ello, los ancianos, reunidos en consejo, se dijeron: China está bien lejos, la ruta es larga, los viajeros carecen de forraje y agua. En el norte corren el peligro de los ataques de los hunos; en el sur, el de la falta de agua y de yerba. Además, dado que la población se halla diseminada sobre la ruta, ellos se encuentran a menudo con escasez de provisiones. El embajador chino lleva con él un acompañamiento de varios centenares de hombres y carece siempre de vituallas, de tal modo que más de la mitad mueren de hambre. ¿Cómo un contingente considerable podría llegar hasta aquí? China no puede hacer nada contra nosotros, y los caballos de Eul Che son inestimables caballos del Estado de Jokand.» *(BOULNOIS, Luce, «La ruta de la seda». Barcelona, Orbis, 1986, págs. 33 y 41).*

El auténtico «descubridor» de la ruta

EN Asia Central, Chang-kien supo que existían, más allá de los países de Jokand, Yü-che, Ta-hia y Kang-Kiu, otros cinco o seis Estados importantes. Por ejemplo, el país Ngan-si (Persia) y, a algunos millares de lis al oeste de Ngan-si, los «Tiao-se». Dichos países estaban situados «cerca del mar occidental; el clima es cálido, el suelo húmedo; se dedican en ellos a la agricultura, siembran arroz; se encuentran huevos de aves del tamaño de un pequeño cubo; la población es numerosa; hay en ellos muchos pequeños soberanos que, aunque dependiendo de Ngan-si, son considerados como soberanos extranjeros. Sus habitantes son hábiles prestidigitadores. Los ancianos del país de Ngan-si cuentan que es allí donde se encuentran el agua muerta y Si Wang-mu. Pero no las han visto jamás...».

Se identificó el «mar occidental» con el Mediterráneo, y el Tiao-se pudo incluir el Asia Menor; en cuanto a Si Wang-mu, aquella princesa mítica de las narraciones chinas, que habitaba en las comarcas occidentales, habría recibido, aproximadamente mil años antes de la era cristiana, la visita del emperador chino Mu-wang. Esta leyenda pervivía, como vemos, en la época de Chang-Kien, puesto que éste no olvida mencionarla en lo que respecta a esta misteriosa princesa, pero el misterio todavía continuaba sin desvelar, dado que los ancianos confesaban no haberla visto nunca.

«Al norte de Ngan-si se encuentra Li-jien», consigna aún Chang-Kien. Su narración no da más detalles sobre Li-jien, pero, según otros textos, los orientalistas concluyen generalmente que se trata de

Roma: era la primera vez que los chinos oían hablar de este país, y tan vagamente, y a través de tantos intermediarios, que no podían hacerse una idea precisa de su importancia. Lo que hizo que Li-jien no interesara en modo alguno al emperador; Chang-kien le aportaba, por lo demás, una información de un interés más concreto y más inmediato. *(BOULNOIS, Luce, «La ruta de la seda». Barcelona, Orbis, 1986, pág. 35).*

Sobre embajadas y tributos

LOS historiadores han comparado más de una vez al emperador Wu-ti con Luis XIV. Le reprochan un cierto delirio de grandezas, que le empujó a enormes dispendios militares para hacer retroceder indefinidamente las fronteras de China. Vencedor de los hunos, se propuso extender su soberanía y recibir el tributo de países situados al sur del Yang-tse (conquistó la región de Cantón), al este (conquistó Corea) y «territorios occidentales»: el Si-Yü, término que designa, en la historia china, a todos los países de Asia Central más o menos dependientes de China.

«Tras sus victorias sobre los hunos, el gobierno chino, léese en los anales de Sü Ma-tsien, fundó la provincia de Tsiue-tsiuan («Fuente de vino») a fin de establecer relaciones con los países del noroeste; por eso envió de nuevo embajadas a Ngan-si, Tiao-se, etc. Pero el Hijo del Cielo amaba demasiado a los caballos de Jokand, y las embajadas se sucedían sin interrupción sobre la ruta de Jokand... Las más considerables constaban de varios centenares de hombres, y las más pequeñas de ciento como máximo... La corte china envió a veces más de diez embajadas al año, a veces cinco o seis. Las embajadas regresaban de su misión, al cabo de ocho o nueve años, de los países más alejados. Si se trataba de países próximos, su ausencia no era larga...».

Sobrevino entonces, hacia el año 111 antes de Jesucristo, la sumisión de la región de Cantón. Los «extranjeros» que residían en Süchuan cobraron miedo y enviaron tributos a la corte de China; se creyó que ya no se atreverían a oponerse al paso de las expediciones chinas. El gobierno chino volvió a su proyecto de establecer lazos comerciales con Bactriana por la ruta del sur. «Así, por esta vía, fueron enviadas hasta diez embajadas por año. Pero las regiones nuevamente abiertas sobre la vía que conducía a Ta-hia fueron de nuevo cerradas; en este país se volvió a matar y a robar, y los ricos presentes ya no podían llegar hasta Ta-hia...» ¡El poder central estaba tan lejos! El emperador Wu-ti se lamentaba de que algunos de sus decretos, un año después de su promulgación en la capital, todavía seguían sin ser conocidos en toda la provincia.

La corte china en vano intentaba intimidar a los malhechores enviando una expedición compuesta, en parte, por criminales condenados, lo que es una manera frecuentísima de remediar la insuficiencia de efectivos militares. A pesar de estas expediciones punitivas, la ruta jamás estuvo libre. Los chinos prefirieron trabajar a controlar la ruta del norte, que partía de Su-cheu en la punta noroeste del Kan-su, extremo avanzado de vanguardia a la entrada del desierto, que alcanzaba Bactriana atravesando los países, si no sometidos, al menos neutrales, del Turkestán. Lo que los chinos traían de Asia Central era, sobre todo, caballos. Los adjuntos de Chang-Kien trajeron también simiente de alfalfa que el emperador Wu-ti hizo sembrar en sus Estados, y los embajadores regresaron con la vid, cuyo nombre chino Pu Tao, sería una transcripción fonética del vocablo griego *bodrus.* Se cargaban asimismo de seda para ofrecer presentes: cosa nada extraña, puesto que en el interior del Imperio chi-

no era a menudo bajo esta forma de piezas de seda como se ofrecían las recompensas, las gratificaciones del gobierno a los particulares, y se pagaban los impuestos en ciertas provincias. La moneda contante y sonante estaba lejos de ser la única empleada y, en general, el gobierno chino no deseaba que saliera del país.

En la época de Chang-kien, o un poco más tarde, los chinos introdujeron en sus «presentes» armas y, en particular, armaduras. Sedas y armas eran, si se ha de dar crédito a los anales de la época, muy apreciadas por los soberanos de los territorios occidentales (...).

Entre los más importantes y más occidentales figuraba el país de Ngan-si —Persia—, del que Chang-kien oyera hablar. Desde entonces, los embajadores chinos iban allí en misión.

...La capital del soberano de Ngan-si está situada en la villa de Pan Tu, a 11.600 lis de Chang-ngan. No depende del comendador (del Si-yü)... Utilizan una moneda de plata en la que figuran, en un lado, la efigie del soberano y, en el otro, la de su esposa. A la muerte del soberano se refunde la moneda. En este país hay avestruces. Ngan-si posee en su territorio un centenar de villas grandes y pequeñas, ocupa una vastísima superficie y está considerada como un gran Estado. El país está emplazado a lo largo del río Kuey Chuey. Los mercaderes comercian con los Estados vecinos por vía de agua y por vía de tierra. Escriben sobre pergamino, y su escritura está hecha de rasgos en través.

El primer Wu-ti envió una embajada a Ngan-si. El soberano ordenó a sus jefes militares acoger al embajador chino en la frontera oriental con veinte mil jinetes, y de la frontera oriental a la capital del soberano hay varios millares de lis. Para llegar hasta allí hay que atravesar varias decenas de poblaciones; la población ocupa el territorio de manera casi total, sin solución de continuidad.

El soberano de Ngan-si hizo partir con la embajada china a su propio encargado de misión, a fin de que viese China. Este envió a la corte china un huevo de avestruz y prestidigitadores de Lijien. El Hijo del Cielo tuvo con ello un sumo placer (...).

La célebre embajada china a Ngan-si, es decir, a los partos, tuvo lugar en el año 105, o quizás el 115 a. C., bajo el reinado de Mitrídates II. Tenían un objetivo comercial, y constituyó un éxito, puesto que el soberano parto correspondió también cortésmente. Los historiadores suelen partir de dicha embajada para datar las primeras relaciones comerciales entre China y Persia: la compra por Persia de sedas chinas. Y, de este modo, cincuenta años después, los oficiales partos deslumbraron a los romanos con sus estandartes de seda bordada, en tanto que los chinos comenzaron a sospechar de la existencia, hacia las lejanas comarcas de Si Wang-mu, de un pueblo de ingenieros astutos y diestros en la construcción de edificios y canales, de malabaristas y prestidigitadores. *(BOULNOIS, Luce, «La ruta de la seda». Barcelona, Orbis, 1986, págs. 39-45)*

Fantásticas noticias sobre la India

VOLVIENDO al oro en polvo que los indios, como decíamos, llevan al rey en tan grande cantidad, explicaré el modo con que lo adquieren. La parte de la India de la cual se saca el oro, y que está hacia donde nace el sol, es todo un mero arenal; porque ciertamente de todos los pueblos del Asia, de quienes algo puede decirse con fundamento de verdad y de experiencia, los indios son los más vecinos a la aurora, y los primeros moradores del verdadero Oriente, o lugar del nacimiento del sol, pues lo que se extiende más allá de su país y se acerca más a Levante es una región desier-

ta, totalmente cubierta de arena. Muchas y diversas en lenguaje son las naciones de los indios; unas, son de nómadas o pastores, otras, no; algunas, viviendo en los pantanos que forman allí los ríos, se alimentan de peces crudos que van pescando con barcos de caña, pues hay allí cañas tales, que un solo cañuto basta para formar un barco. Estos indios de las lagunas visten una ropa hecha de una especie de junco, que después de segado en los ríos y machacado, van tejiendo a manera de estera, haciendo de él una especie de petos con que se visten.

Otros indios que llaman padeos y que habitan hacia la aurora, no son sólo pastores de profesión, sino que comen crudas las reses, y sus usos se dice que son los siguientes: Cualquiera de sus paisanos que llegue a enfermar, sea hombre, sea mujer, ha de servirles de comida. ¿Es varón el infeliz doliente? Los hombres que le tratan con más intimidad son los que le matan, dando por razón que corrompido él con su mal llegaría a corromper las carnes de los demás... ¿Es mujer la enferma? sus más amigas y allegadas son las que hacen con ella lo mismo que suelen los hombres con sus amigos enfermos. Si alguno de ellos llega a la vejez, y son pocos de este número, procuran quitarle la vida antes que enferme de puro viejo; y muerto se lo comen alegremente...

Otra nación de los indios se halla fronteriza a la ciudad de Caspatiro y a la provincia pactica, y situada hacia el Bóreas, al norte de los otros indios... Hacia aquel punto no es más el país que un arenal despoblado, y en él se cría una especie de hormigas de tamaño poco menor que el de un perro, y mayor que el de una zorra, de las cuales cazadas y cogidas allí se ven algunas en el palacio del rey de Persia. Al hacer estos animales su hormiguero o morada subterráneo, van sacando la arena a la superficie de la tierra, como lo hacen en Grecia nuestras hormigas, a las que se parecen del todo en la figura. La arena que sacan es oro puro molido, y por ella van al desierto los indios señalados, del modo siguiente: Unce cada uno a su carro tres camellos... Apenas llegan los indios al lugar de la presa, muy provistos de costales, los van llenando con la mayor diligencia posible; y luego toman la vuelta por el mismo camino, en lo cual se dan tanta prisa porque las hormigas, según dicen ellos, los rastrean por el olor, y luego que los perciben salen a perseguirlos; y siendo, como aseguran, de ligereza tal a que no llega animal alguno, si los indios no cogieran la delantera mientras ellas se van reuniendo, ni uno solo de los colectores de oro escapara con vida *(HERÓDOTO, «Historias», III, XCVIII-CV. Trad. de B.Pou. México, Porrúa, 1974).*

Sobre los opías

OPIAS: pueblo índico, citado por Hecateo en su *Asia.* En este lugar habitan los opías, junto al río Indo, donde hay una fortificación regia. Hasta allí llegan los opías, y desde allí todo es desierto hasta el territorio de los indios *(ESTEBAN DE BIZANCIO, s.v. «Opías», citando a Hecateo).*

Focio resume las «Indicas» de Ctesias.

Acerca del Indo dice que, en la parte más estrecha de su curso, mide cuarenta estadios de ancho, y en la más ancha, doscientos. Sobre los indios mismos, dice que seguramente son más que los demás hombres. Sobre el gusano del río, dice que es el único animal que hay en él. Y añade que ningún hombre vive más allá...

Habla de elefantes destructores de murallas, de pequeños monos con colas de cuatro codos, de gallos muy grandes, y del loro: tiene lengua y voz humanas, y el tamaño de un halcón; su cara es purpúrea, y la barba, negra; su cuerpo es oscuro como el cinabrio hasta la garganta. Habla como un hombre en indio, y en griego si se le enseña...

Dice que hace mucho calor y que el sol parece ser el doble de grande que en los demás países. Muchos mueren por asfixia...

Habla el autor de la *martícora,* bestia que vive por allí, diciendo que su rostro es como el de un hombre, su tamaño semejante a un león, y su color rojo como el cinabrio. Tiene tres filas de dientes, las orejas como las de un hombre y los ojos grises, también como los humanos. Su cola es como la del escorpión de tierra, y en ella tiene un dardo de más de un codo de longitud; tiene también, saliendo de la cola oblicuamente, varios dardos, y ostenta además, como el escorpión, un dardo en la cabeza. Este animal, si alguien se le acerca, le golpea con este último dardo, con lo que lo mata sin remisión...

De los indios dice que son muy justos, tanto por sus costumbres como por sus leyes. Habla también del territorio consagrado en el desierto, diciendo que lo honran bajo la advocación del Sol y la Luna... Dice que el sol suaviza su calor durante treinta y cinco días al año, los de la fiesta, para que la puedan celebrar sin quemarse y puedan regresar a sus casas. *(FOCIO, «Biblioteca», 72).*

Las castas en la India

LA sociedad india está compuesta de siete castas. Una de ellas la componen los sofistas, pocos en número pero con mayor fama y reputación que las demás. No tienen éstos obligación de realizar trabajos corporales ni de contribuir con aportación alguna de sus ganancias al fondo común. Sobre ellos recae tan sólo una obligación: celebrar los sacrificios en honor de los dioses y en nombre de toda la comunidad. Si alguien quiere ofrecer un sacrificio con carácter privado, uno de estos sofistas ha de servirle de maestro del ceremonial, ya que, en caso contrario, el sacrificio no será del agrado de la divinidad. Estos sofistas son los únicos indios que conocen los misterios de la mántica, y a ningún otro hombre le es lícito profetizar sobre el futuro. Sus predicciones versan sobre las estaciones del año, o sobre si alguna calamidad va a cernirse sobre la comunidad; en cambio, en lo que concierne a los asuntos personales de cada cual, no es de su incumbencia emitir previsión alguna, bien porque la adivinación no se interese por asuntos de poca monta, bien porque para ellos resulte una cosa poco digna molestarse por tales pequeñeces.

Si uno de ellos en el ejercicio de su función adivinatoria se equivoca por tres veces, no recibe castigo alguno por ello, pero se le obliga a callar para los restos, y nadie le podrá obligar a romper ese silencio que le ha sido impuesto. Estos sofistas pasan su vida desnudos, en invierno puestos al sol, y cuando el calor del verano arrecia se van a unos prados y a las lagunas que forman las aguas estancadas bajo grandes árboles cuya sombra se extiende, según Nearco, en un círculo de cinco pletros. Son tan grandes estos árboles, que a la sombra de uno solo de ellos pueden guarecerse diez mil hombres. Se alimentan de los frutos de la época, así como con la corteza de estos árboles, que es dulce y no menos alimenticia que los dátiles de la palmera.

A continuación, se halla la casta de los agricultores, que es la más numerosa de la India. Tampoco disponen de armas de guerra ni les preocupan nada los asuntos de la milicia, sino que se dedican al tra-

bajo de la tierra, pagando tributos a sus reyes o a sus ciudades si se trata de ciudades autónomas.

Si estalla entre los indios un conflicto o guerra civil, no está permitido a nadie acudir a por estos trabajadores de la tierra, ni arrasar sus cosechas. Así, mientras otros se matan y aniquilan recíprocamente según las circunstancias, los agricultores siguen trabajando su tierra tranquilamente, mudos espectadores de los acontecimientos, recolectan sus frutos, talan sus árboles o cosechan.

Los pastores componen la tercera casta de la India, tanto los pastores de ovejas y cabras, como los pastores de vacuno. Estos no viven asentados establemente en ciudades ni aldeas, sino que, como nómadas que son, hacen su vida en las montañas, teniendo que pagar también un canon como tributo por sus animales. Estos se dedican también a cazar por el campo aves y todo tipo de animales salvajes.

La cuarta casta la componen los artesanos y los comerciantes. También tienen éstos obligación de tributar por los beneficios de su propia actividad, excepción hecha de los fabricantes de armas para la guerra. Estos, al contrario, reciben un sueldo del gobierno. En esta casta se encuadran los que trabajan en los astilleros y los marineros de los barcos que trafican por el río.

Los guerreros componen la quinta casta en la India; por su número es la segunda, a continuación de los agricultores, y son los que disfrutan de mayor libertad y comodidades. Estos están dedicados exclusivamente a la práctica de los ejercicios propios de la milicia. Son otros los que les fabrican sus armas, otros los que les proporcionan los caballos y otros los que les atienden en las servidumbres de campaña, les cuidan los caballos, les limpian sus armas, les guían sus elefantes, les ponen a punto sus carros y les sirven como sus aurigas.

Estos guerreros, en cambio, luchan llegado el momento del combate, mas restablecida la paz, disfrutan, de nuevo, de las mayores comodidades; es más, se les asigna del Estado un sueldo más que suficiente para poder mantener holgadamente con él a otros familiares.

En sexto lugar están los indios llamados inspectores. Estos supervisan todo lo que sucede por el país y en cada ciudad, y dan de ello noticia al rey (allá donde se rigen por un sistema monárquico) o a las autoridades donde son autónomas.

Les está a éstos estrictamente prohibido dar informaciones calumniosas, y de hecho nunca se ha comprobado que ningún indio haya mentido.

La séptima casta es la de los que deliberan sobre los asuntos de la comunidad con el rey o, en las ciudades que son autónomas, con sus magistrados. Son pocos en número, pero, en sabiduría y en ser justos, son los más selectos de todos los indios. De esta casta se eligen los magistrados, nomarcos, gobernadores, tesoreros, generales, navarcos, intendentes y los capataces de las labores del campo.

No está permitido el matrimonio entre miembros de castas distintas: por ejemplo, un agricultor no puede casarse con una mujer de primera clase de los artesanos, o viceversa. Tampoco puede practicar dos profesiones una misma persona, ni cambiar de una actividad a otra (por ejemplo, pasar de pastor a agricultor, o a pastor de artesano). Sólo se consiente el paso a la clase de los sofistas, sea cual sea la casta de la que se proceda, y ello, porque el tipo de vida de éstos, lejos de ser cómoda y muelle, es la más penosa de todas. *(ARRIANO, «Anábasis de Alejandro Magno», VIII, 11-12. Trad. de A. Guzmán Guerra. Madrid, Gredos, 1982).*

La educación de los brahmanes

MEGASTENES) distingue, entre los filósofos, dos clases: a unos los llama *bracmanes* y a los otros *garmanes*. Dice que los bracmanes tienen más prestigio, pues son más coherentes en sus dogmas. Desde el claustro materno se ocupan de ellos unos educadores, hombres ilustres, que ya entonces los frecuentan y parecen entonarles cánticos, a ellos y a sus madres, para que el parto sea feliz. En realidad, lo que hacen es darles admoniciones y buenos consejos. Las madres que oyen con más placer estas palabras son las que, según se dice, paren mejor. Después del nacimiento, se suceden varios maestros para la educación de estos niños, y se hace de modo que con los años los muchachos vayan accediendo a educadores cada vez más expertos. Los filósofos pasan su vida en un bosque, delante de la ciudad, en un recinto muy reducido, y allí viven frugalmente, sin comer carne y en perfecta castidad. Escuchan discursos e intercambian sus opiniones con quienes así lo desean. *(ESTRABÓN, XV,1,59).*

Noticias indias del más allá

LA noticia más digna de crédito nos viene de la época del principado de Claudio, a través de unos embajadores llegados de esta isla (= Taprobane, es decir, Ceilán). Sucedió de este modo: ... un liberto de Annio Plocamo, navegando en torno a Arabia, fue arrastrado por los vientos más allá de Carmania y llevado hasta el puerto de Hipuros, en esta isla. Después de pasar allí seis meses, gracias a la hospitalidad del rey, y de haber aprendido su lengua, le habló al rey acerca de los romanos y del césar... Esto incitó al rey a enviarnos cuatro embajadores, cuyo jefe se llamaba Raquias. Por ellos se supo que había en la isla quinientas ciudades, y un puerto que miraba al sur en la ciudad de Palesimundo, la más ilustre de toda las de allí y su capital, con 200.000 habitantes... También contaron que la isla tiene una longitud de 10.000 estadios, y que está situada junto a la costa de la India. Añadieron que conocían, más allá de los montes Hermodos, a los Seres (= chinos), con quienes tenían contactos comerciales. El padre de Raquias había llegado hasta aquel país; al llegar a sus límites, le habían salido los Seres al encuentro; eran más grandes que el resto de los hombres, y tenían cabellos rojizos, ojos azules, una voz horrible y una lengua que no se podía comprender. En líneas generales, el comercio se hacía como entre nosotros. *Junto a la orilla del río* —nos dijeron— *nosotros colocábamos nuestras mercancías al lado de las que ellos querían vender; si les interesaba el cambio, se las llevaban...*

Ni siquiera Taprobane, aunque se encuentra relegada por la naturaleza más allá del mundo, se ve libre de nuestros vicios: también allí el oro y la plata son apreciados, al igual que un mármol semejante a la concha de tortuga, y perlas y gemas son reverenciadas. El cúmulo de su lujuria es mucho mayor que el nuestro. *(PLINIO, «Historia Natural», VI, 24).*

La seda, símbolo de lujo y extravagancia

CALIGULA) usó siempre vestidos y calzados impropios de la tradición patria y ciudadana; ni siquiera eran propios de un varón, ni de un ser humano. A menudo se presentó ante el público cubierto de bordados, piedras preciosas, túnicas de manga larga y brazaletes; a veces, incluso, cubierto de sedas y ropas femeniles *(SUETONIO, «Calígula», 52).*